

La Ilustración Artística

Año XVII

BARCELONA 17 DE OCTUBRE DE 1898

Núm. 877

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡AQUÍ ESTOY!, estudio de H. Heydenhauss

ADVERTENCIA

Según ofrecimos en el número último, publicamos en el presente el notabilísimo artículo del Sr. Pi y Margall «Guatimozín y Hernán Cortés.» Aunque por su mucha extensión pensábamos publicarlo en dos números, hemos creído conveniente no trancarlo á fin de no interrumpir el interés grandísimo que sin duda despertará en nuestros suscriptores la lectura de tan importante artículo. Por esta razón hemos tenido que suprimir los dos grabados que acostumbramos dar en las páginas centrales.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Lisboa*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos. Guatimozín y Hernán Cortés*, por F. Pi y Margall. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez. Mentira sublime*, novela (continuación). — *El alethorama*, por Alberto Londe. — *Monedas recientemente acuñadas en la Casa de la Moneda de París. Festival musical celebrado en Bergen*. — Libros recibidos.

Grabados.—*¡Aquí estoy!*, cuadro de H. Heydenhauss. — Variedad de grabados, en número de veinticinco, que ilustran el artículo titulado *Guatimozín y Hernán Cortés*, original de D. Francisco Pi y Margall. — *Boceto del cuadro de la Walhalla*, obra de Federico Geselschap. — *Mme. Carnot. La reina Luisa de Dinamarca*. — El alethorama. — *Monedas recientemente acuñadas en la Casa de Moneda de París*. — Célebres compositores noruegos. — El Dr. Vidal Solares aplicando la vacuna en el Hospital de niños pobres de Barcelona.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LISBOA

Cuántas veces vengo aquí, otras tantas me llevo la impresión de que nada efectivo y real nos separa á españoles y portugueses; de que somos un pueblo mismo, una misma raza — es decir, que de razas en otro tiempo pobladoras del suelo ibérico, descienden igualmente los extremeños y los portugueses de *alem Tejo*, los gallegos y los portugueses riberanos del Miño. — Por qué razones se separó Portugal de España y quiso ser independiente, mientras Aragón ó Galicia se adherían más y más á la nacionalidad española, es cuestión que á primera vista no se resuelve de un modo satisfactorio; hay que leer despacio la historia, y todavía después de leerla, atribuir gran papel en este fenómeno á la acción de sucesos ignorados, á pequeñas intrigas y á la ambición personal, que fomentó aspiraciones populares y ahondó abismos entre el viejo *Portucale* y las demás regiones de la Península, al fin asociadas bajo el nombre genérico de *España*.

Y fueron España y Portugal, al separarse, como hermanos gemelos y enemigos que todo lo pueden conseguir por medio de un ímpetu fratricida, excepto borrar la semejanza extraordinaria que les denuncia en las venas la misma sangre. El sabio y malogrado escritor portugués Oliveira Martins demostró en su importante libro *Historia de la civilización ibérica*, que España y Portugal, separados, han corrido igual suerte, como si continuasen juntos, porque si es fácil realizar la división política y geográfica, es inasequible infundir alma distinta en pueblos que la tienen idéntica, y cuyos elementos tradicionales en nada difieren. A un tiempo y por conceptos análogos desempeñaron Portugal y España brillante papel en el mundo; á un tiempo decayeron y murieron también... *Morir* es el verbo que Oliveira Martins emplea, y nadie ha de protestar ya por creerlo demasiado riguroso.

Una ventaja nos lleva Portugal: y es que se resiste algo más que nosotros á dejarse deponer yerto y helado en el sepulcro. Portugal desea revivir. Se da cuenta de su atraso, de sus deficiencias, de los peligros que el porvenir le guarda, y ansía ser nación europea, fuerte en su línea, con cultura á la moderna, cosa que nosotros jamás hemos ansiado, y que hasta hemos repugnado, en nombre de un falso y funesto casticismo. En Portugal se vive, por decirlo así, más cerca de Europa. Evidente síntoma de esta vida europea, es el conocimiento y fácil manejo de varios idiomas, en España privativo de la *high life* y en Portugal extensivo á la clase media más ó menos ilustrada y no extraño hasta en el pueblo. En cuanto á los españoles, no hablan sino su lengua: son como aquel cura que sólo sabía leer en su misal. Conozco literatos insignes que se jactan de ello, cual si la ignorancia pudiese ser mérito nunca. No haber leído autores franceses es diploma que algunos reclaman, y que no les exime de cometer galicismos, ni de escribir un castellano duro y pobre. Pero se alaban de su estólida virginidad, y hay quien se la

cuenta por gloria. Précianse de legos, y contribuyen á que su patria lo sea, y se aduerma, indolente odalisca, recogidos los brazos tras de la nuca, cerrados los negros ojos, dejando correr el tiempo, que no vuelve.

Los portugueses aprenden el francés desde niños. El español lo saben, lo hablan si llega ocasión, pero le hacen poco caso. Comprenden que de España no han de venirles destellos de luz. Nos devuelven y pagan la amodorrada indiferencia con que miramos aquí la literatura y el arte lusitano. Digo *miramos*, pero á cada uno lo suyo: por mi parte, siempre he seguido con interés el movimiento literario de esta España chica que llaman Portugal. Estoy familiarizada con los libros de los mejores escritores actuales, por lo cual debo de haberme ganado nota de fantástica y antojadiza. A Madrid, en efecto, van compañías dramáticas italianas y compañías francesas, y el público llena el teatro; pero en actores portugueses no se piensa. ¿Quién diablos ha de abonarse para oír declamar en gallego?

A su vez, los portugueses se han plantado en las traducciones de Pérez Escrich. Los escaparates de las numerosas y bien surtidas librerías lisboenses, atestados de obras inglesas y francesas, italianas y alemanas, apenas muestran, vergonzante y corrido, algún título español. Se diría que nos separan de Portugal miles de leguas. Y es que nos separa algo que aísla más que la distancia: la frialdad, el desvío, el convencimiento de que, tal cual estamos, no sacaríamos nada en limpio con tratarnos íntimamente. Somos como esas familias que viven pared por medio y al encontrarse en la calle ni cruzan saludo. Al Congreso de la Prensa, ahora celebrado en Lisboa, concurrió un solo representante español: en esto estamos á la altura de la República del Transvaal, también representada unipersonalmente en dicho Congreso.

No ocultemos nuestras flaquezas de literatos. Sentí profunda pena al ver que tantos portugueses conocen mi nombre..., por mis trabajos de colaboración en la *Revue des revues*, trabajos que á veces, por comodidad, redacto en francés. En cambio experimenté alegría pueril, rejuvenecedora, al encontrar en Portugal alguien que lee estas sencillas crónicas mías de LA ILUSTRACIÓN, como el drabe lee el *Korán*... Descontemos la hipérbole inspirada por la cortesía, y aún quedará bastante para servirnos de consuelo. — Y el que no se consuela es porque no quiere. — ¡Sería tan triste creerse desconocido en un país que miramos con predilección!

* * *

Ya han corrido años desde que por primera vez hojeé el poema de Camöens á bordo de un barquichuelo que seguía la corriente, entonces apacible, del Tajo. Todos mis viajes á Portugal me hacen evocar un cuadro de marina, un maravilloso fondo azul ó verde glauco, la extensión de la espléndida bahía. Ya es la salida del *Ville du Havre*, á la hora en que el sol descende tiñendo el oleaje de púrpura; ya la torre de Belén, primoroso relicario de piedra, joyel gótico digno de conservarse en una vitrina — destacándose sobre un mar nacarado, de ópalo, á la luz de la aurora; — ya, en la encendida noche de Cascaes, un agua del tono del estaño en fusión, que por momentos, con mágica viveza, el violeta y el anaranjado de los árboles de fuego inflamaban convirtiéndolo en lago de cuentos de hadas, de libros de caballerías y encantos. Siempre asocio á Lisboa, en mi imaginación, con alguno de esos espectáculos incomparables en que colaboran la naturaleza y el hombre. Una bahía como la de Lisboa, una desembocadura como la del Tajo, hacen ellas solas la gran capital, y el polvoriento Madrid, acurrucado en sus estepas á guisa de mendigo castellano envuelto en pardos harapos, jamás se prestará á fiestas y solemnidades.

Además, este clima es un clima edénico. Los días se bañan en oro, en tallado turquí se rebozan las noches; la luna, en la placidez de un ambiente elástico y tibio, tiene una claridad argentina, misteriosa y pura; las plantas tropicales, las pimenteras de Cayena, las majestuosas araucarias, las cañas y los bambúes, vegetan al aire libre; estamos en octubre, y las mujeres van vestidas de batista y gasa; el cuerpo pide refrescos de hielo, deliciosas *carapinhadas de tangerina*, y la piedra de los monumentos góticos, lo torre de Belén, la sorprendente iglesia de los Jerónimos, adquieren al sol cálidas tintas doradas, que recuerdan la tez de los pueblos de la India descubiertos en las audaces empresas de los navegantes del siglo xv. Lisboa es siempre la seductora morena, á pesar de sus tentativas de ataviarse á estilo británico y del sorprendente cambio de sus costumbres.

Estas, en un cuarto de siglo, han sufrido notable

y ventajosa transformación. Naturalmente, al transformarse las costumbres, es que evoluciona la mujer. Hará veintitantos años, aún vivía oculta y encastada la portuguesa. La importancia de la ventana ó *janella*, en estos países de tradición semítica, se explica porque la *janella* es el único respiradero de la mujer, el marco de su pálido rostro de reclusa. Así es que en las *janellas* echaron el resto los arquitectos de la época marmolina, é hicieron de ellas camarines, altares, hornacinas de un *rococó* voluptuoso y naturalista á la vez. Hoy la portuguesa ha roto la valla de la *janella* y vive en la *rúa*; los celos africanos del varón ya no la tienen en perpetuo encierro; sale sola ó acompañada, toma la *sege*, el tranvía ó el camino de hierro, visita, regatea, compra. Antaño, sólo se echaban á la calle las viejas, las desechadas, las dueñas haldudas y barbudas que iban á rezongar en las iglesias ó á cumplir los menesteres domésticos, cabás al brazo y sombrilla en puño. Hoy se encuentran en las aceras más mujeres que hombres.

¡Curiosa observación! La libertad ha hermoseado á la portuguesa, que (no sé cómo decirlo, pues no parece amable) gozaba, en este particular, de una triste reputación, en términos que el donoso y humorístico escritor Ramalho Ortigao dedicó un meditado estudio á investigar las causas de la inferioridad del tipo femenino en Lisboa, y creyó descubrirlas en la escasez de agua y en la contemplación de las antiestéticas estatuas de los reyes. En el día, la portuguesa es, por término medio, lo mismo que la española: si no una belleza escultural, por lo menos una mujer agradable y atractiva.

Para atraer la mirada de un artista, las pescadoras, las aldeanas. Ninguna pasó á mi lado sin obligarme á seguirla con los ojos. Derechas como troncos de pinos marítimos; descalzo el airoso pie, ó calzado con la curva chinela veneciana y oriental; arrolladas las azules sayas y ceñidas en torno á la cadera con la faja oscura, que da á la vestimenta el plegado de un helénico ropaje; gallardamente tocada la cabeza con el bonito sombrero de terciopelo negro, bajo el cual flota el pañuelo y se destacan los enormes aretes de filigrana de oro, estas sardineras, estas ribeñas, son todavía de lo poco pintoresco que queda en el mundo.

En lo que no ha variado Portugal, en lo que no cambian ni Lisboa ni Oporto, es en la afición á las joyas. Se pierde la cuenta de las platerías y tiendas de joyero que se extienden á lo largo de las calles del *Ouro* y de las *Flores*. Medallas, brincos y patenas de dimensiones inverosímiles, descomunales coronas y encomiendas de filigrana, dijes raros, sortijones de médico antiguo, de los que se lucían al tomar el pulso, arracadas que son un pináculo de iglesia, cables áureos del templo de Egas Moniz, ¿quién se pondrá todo esto? ¿Las campesinas solamente? ¿Será cierto que llevan su dote al cuello, en los dedos y en las orejas?

Al ver tanto oro, tanta plata, tanto amarillento brillante del Brasil, de nuevo me parece Lisboa una ciudad exótica, parienta cercana de Benarés ó de Nijni Novogorod — un país donde no existen los Bancos, ni se ha introducido el lujo á la moderna, lujo tranquilo, refinado, sólido, — lujo con pantalla y pedal.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Lo nuevo es peligroso; con lo corriente y ordinario el éxito es siempre seguro.

EUGENIO SCRIBE

* * *

La prudencia no consiste en huir del mundo, sino en usar de él moderadamente.

JULIO SIMÓN

* * *

Los primeros sentimientos tienen siempre la audacia de la inocencia.

P. BERNARD

* * *

Los grandes pensamientos no gustan de las grandes frases.

Nada hace creer tanto en la justicia como el favor que se nos dispensa.

Si hay mentiras heroicas, los héroes de la mentira sólo se encuentran entre aquellos que no tienen costumbre de mentir.

El arte supremo de comprar á los hombres consiste en hacerles creer que no se venden.

G. M. VALFOUR



GUATIMOZÍN Y HERNÁN CORTÉS

Sr. D. Luis de Madrazo.

Estimado amigo: Nos conocimos siendo jóvenes y simpatizamos. Nos separó después por muchos años la distinta dirección que emprendimos. Este verano nos volvimos á ver en el Monasterio de Piedra, en aquel delicioso retiro donde tan bien descansa mi fatigado espíritu. Viejos ya, usted no ha querido morir sin dejarme un recuerdo: un retrato, que, como obra de usted, es inapreciable joya. Tampoco he querido morir yo sin dejarle una memoria: un diálogo que tenía hace meses concebido, y acabo de escribir hurtando el tiempo á los negocios de la política y el foro. No vale ni con mucho el diálogo lo que el retrato; pero los iguala el común sentimiento que los produjo.

Me ha movido á escribir las cortas páginas que á usted envió la estatua erigida en México al último rey azteca Quauhtemoc, conocido bajo el nombre de Guatimozín entre nuestros compatriotas. Murió Quauhtemoc mala é injusta muerte cuando apenas contaba veinticinco años; y ya por mi natural propensión á ponerme de parte de los vencidos, ya por creer noble defender la patria y nada noble invadir la ajena, al ver dibujado su monumento, consideré oportuno ponerle de nuevo delante de Cortés, bien que no ya con otras armas que la idea y la palabra. Aferróme en mi pensamiento la ocasión que esto me ofrecía de dar á conocer en conjunto, así la civilización nahua como la índole y el carácter de la conquista, apreciada, á mi juicio, poco imparcialmente por muchos de nuestros escritores. Los hechos en este diálogo consigna los es bueno que sepa usted que son rigurosamente históricos.

Tal como concebí el plan lo he ejecutado; y tal como lo he ejecutado se lo dedico á usted y se lo entrego en propiedad absoluta. Sirvase usted aceptarlo como lo que es, como un simple recuerdo de su siempre afectísimo

F. PI Y MARGALL

GUATIMOZÍN Y HERNÁN CORTÉS

DIÁLOGO

Lugar de la escena, el que cada lector escoja. - Fecha, año 1893

GUATIMOZÍN. - Maravillado estoy, Cortés, de veros aquí tan otro de lo que en la tierra fuisteis.

CORTÉS. - ¿Quién sois? ¿Sois por ventura aquel Guatimozín que fué el último rey de México?

GUATIMOZÍN. - Sí, soy Quauhtemoc, el desventurado rey en cuyas manos pereció la patria.

CORTÉS. - ¿Os lo remuerde la conciencia?

GUATIMOZÍN. - ¡La conciencia! No mis actos, sino

los traidores y las malas artes de que os valisteis arruinaron el imperio.

CORTÉS. - ¿No atribuíis vuestra derrota ni á mí ni á mis soldados?

GUATIMOZÍN. - Sin la defección de los acolhuas no habríais vencido.

CORTÉS. - ¿No vencimos solos á los tlaxcaltecas?

GUATIMOZÍN. - Con los tlaxcaltecas vinisteis después á Tenochtlán y hubisteis de abandonarlo. Lo debisteis abandonar precisamente cuando, vencedor de Narváez, habíais vuelto de Zempoallan con quinientos españoles de refuerzo. Ni antes habíais tenido ni después tuvisteis tantas fuerzas propias.

CORTÉS. - Culpa fué de Alvarado. Ausente yo, hizo Alvarado la locura de pasar por simples sospechas á cuchillo en el patio del templo mayor á gentes sin



Matanza del templo, jeroglífico de Durán

armas, que, cubiertas de sus más ricas joyas, danzaban y cantaban en honor de sus dioses. Duramente se lo reprobé cuando lo supe.

GUATIMOZÍN. - Hicisteis mal: había seguido fielmente vuestra conducta. En Zempoallan por simples sospechas habíais hecho cortar las manos á cincuenta mensajeros de las villas limítrofes; en Cholollan por simples sospechas habíais dado muerte á más de tres mil hombres indefensos que en nada os habían ofendido. En Acallan después por simples sospechas me ahorcasteis á mí y Tettlepanquetzatl, uno de los tres reyes de la Confederación Azteca.

CORTÉS. - ¡Por Dios, Guatemuz, por Dios! No enconéis mi herida.

GUATIMOZÍN. - ¿Os pesa de mi muerte?

CORTÉS. - De la vuestra y de la del rey de Tacuba. Ni los míos las aprobaron. ¡Ay!, no tardó en nacer el remordimiento. ¡Qué de insomnios pasé! La caída que no lejos de allí tuve, debida fué á la turbación de mi ánimo. Fueron borrándoos de mi

memoria primeramente la necesidad de vencer las continuas dificultades que la expedición al golfo de Hibuera ofrecía, luego las delicias y la embriaguez



Fundación de México, jeroglífico de Durán

del triunfo; pero habéis reaparecido para mi mayor suplicio aquí donde no llegan ni el rumor de las armas ni el estruendo de los aplausos. No bastaba veros en mi fantasía; os veo ahora por mis ojos.

GUATIMOZÍN. - ¿Será cierto lo que habláis? ¿No serán engañosas vuestras palabras como las que me dijisteis desde la caída de Tenochtlán hasta la víspera de mi muerte? Cuando caí prisionero, os rogué que me mataseis con la daga que llevabais al cinto; me confortasteis ponderando mi valor y prometiéndome que mandaría como antes en el Anáhuac y sus provincias. Fuí rey de nombre; fuí aun menos rey que mi tío Moctehuzoma, á quien tuvisteis siempre en vuestra casa. Vos fuisteis el señor, y yo el vasallo. Debí yo por vuestra orden rehacer los caños de Chapultepec, las calzadas del lago, las calles de la ciudad, las viviendas de los barrios que os plugo



Netzahuilpilli participa á Muteczuma la venida de los españoles

concedernos. Acepté luego á vuestra instancia la fe de Cristo, en quien adoré y adoro, y remaché mi servidumbre. Debía yo preferir á los intereses de mi patria, no sólo los del emperador D. Carlos, sino también los del rey de cielo y tierra. Queriendo ó no, hube de acompañaros con Tettlepanquetzatl á lo que

llamasteis Hibueras; ya que entonces nos ahorcasteis, ¿no os habríais propuesto acabar con nosotros lejos de vuestras gentes para mejor afianzar vuestra conquista? No procurasteis ni consentisteis que nadie nos sucediera.

CORTÉS. — No os negaré, Guatemuz, que me aconsejara la política la extinción de vuestras casas reales. Desde que entré en vuestra nación concebí el firme propósito de unirla á la corona de España. No



MUTEZUMA,
grabado de la «Historia de la conquista de México,»
de Antonio Solís

lo oculté en parte alguna, en todas hice requerir á los pueblos para que se reconociesen súbditos de D. Carlos. Por esto á los pocos días de haber llegado á Temixtitán puse á Mutezuma bajo mi guarda. Pero como jamás pensé en matar á Mutezuma, á quien tanto debía, jamás habría pensado en mataros á vos ni al rey de Tacuba, si no me hubiera dicho aquel infame delator de Mexicaltzingo que conspirabais contra mi vida. En empresas de tanto atrevimiento como la mía es á veces el terror arma indispensable: no lo imponen nunca hombres bien nacidos castigando personas con quienes los unan más ó menos fuertes vínculos. Con vos me unían meses de incesante batallar, la promesa de conservaros en el trono, servicios mutuos, relaciones íntimas, los lazos del bautismo; no la necesidad del terror, sino un lamentable arrebato me llevó á firmar las dos sentencias de muerte.

GUATIMOZÍN. — Pocos días antes, ya casi en las fronteras de Acallan, sobre un ancho estero de seis brazas de fondo — cuatro de agua y dos de cieno, — os habíamos construido un puente por donde á sus anchas y sin riesgo habían podido pasar infantes y caballos. De maravilloso lo habíais calificado: tal y tan bueno os había parecido. Sin él imposible el paso, difícilísima la vuelta, mortal el hambre según eran de escasos los bastimentos. Si hubiésemos querido atentar á vuestra vida y aun á la de vuestros españoles, ¿qué mejor coyuntura? ¿Es posible que lo olvidarais al oír la infame delación del de Mexicaltzingo?

CORTÉS. — En la guerra, Guatemuz, la falta de hoy borra los servicios de ayer, porque así lo exigen la suerte de las armas y la salud del ejército. No por los grandes servicios que de él y su padre había recibido dejé de dar muerte al joven y bravo Xicotencatl, que, abierta ya mi segunda campaña contra los vuestros, se alzó con parte de los suyos y tomó la vuelta de Tlaxcallan. A mi propio padre habría ahorcado en situación idéntica.

GUATIMOZÍN. — Sienta bien el rigor en el que defiende su patria, no en el que invade la ajena. ¿Con qué derecho pudisteis pretender de nosotros que nos reconocieramos vasallos de vuestro monarca? ¿Con qué razón os enfurecisteis contra las gentes que encontrasteis indóciles? En hora buena que hubieseis ido al Anáhuac en busca de amistosas relaciones: no éramos salvajes para no comprender y estimar los beneficios de vuestra superior cultura, ni rechazar lo que hubiese sido racional y justo. Mas para esto habríais debido presentaros de paz y no con aparato

de guerra: no con gentes de á caballo, no con ballesteros ni arcabuceros, no con tiros de artillería. Como dueños del mundo parecisteis ante nosotros: habríamos dado muestras de no ser hombres, si no os hubiésemos rechazado por todos los medios que el legítimo amor á la independencia nos sugería.

CORTÉS. — Pudisteis pelear por rechazarnos y pudimos nosotros pelear por reducirlos. ¿Me preguntáis con qué derecho? Con el de la fuerza, que regía en mi tiempo la tierra y es probable que la rija hasta la consumación de los siglos. Este derecho lo aplicabais también vosotros. Erais un pueblo conquistador y estaba aún fresca la sangre en que habíais empapado el territorio de Tlaxcallan cuando nosotros lo pisamos.

Vosotros erais entonces los débiles; nosotros los fuertes. Era evidentemente vuestra raza inferior á la nuestra. Rayaba en la barbarie vuestra cultura. Disponíais de pobres medios. Carecíais de caballos, desconocíais las armas de fuego, llevabais por toda defensa cotas de cuero aforradas de algodón, grebas y brazales de madera, escudos de caña: los capacetes, los petos y las rodellas de oro y plata no se los veía sino en los reyes y los primeros capitanes. Para la protección de vuestros lagos no teníais más que la canoa.

Estabais divididos. Allá en un puñado de tierra había las capitales de tres reinos. Marchabais decididamente á la unidad política desde que subió al trono Mutezuma; pero distabais de haberla conseguido. Poco sólidas vuestras conquistas, abundaban las rebeliones é interrumpían á cada paso vuestro desarrollo.

Vosotros, los reyes, erais verdaderos tiranos. Nadie se atrevía á mirar de frente á Mutezuma; nadie entrar á verle sino con la cabeza baja y los pies descalzos. Por dondequiera que fuese se le había de barrer el camino y se le habían de humillar las gentes. No tenía poder que contrastase ni limitase el suyo.

Vivía la nación bajo otra tiranía peor, la de los dioses. Se les había de dar hombres en holocausto. Se les inmolaba, no sólo prisioneros de guerra, sino también mujeres y niños. Inmolados, se los devoraba en impíos y repugnantes banquetes. Sería inútil que me lo negaseis: erais canibales. Databan de lejanos



Escena de sacrificio (de una antigua pintura mexicana)



Cuchillo para el sacrificio

días esos bárbaros sacrificios. Lejos de haber pensado en abolirlos, los habíais hecho frecuentes.

No habíais llegado aún á la edad del hierro; estabais en la del cobre. De piedra solíais tener los instrumentos de trabajo y aun el filo y la punta de las armas. No conocíais el arado. Tampoco la carreta ni ningún otro vehículo. Tampoco la brújula, ni el astrolabio, ni las embarcaciones de alto bordo. Faltos de tan indispensables medios, debíais hacer todos vuestros transportes por tierra en hombros de vuestros machuales; todos vuestros transportes por los ríos y el mar, en almadías y piraguas. Imposible de todo punto que os alejarais de las costas; poco menos que imposible, el comercio marítimo. Aun el terrestre se os hacía difícil por la falta de monedas de cuño.

No teníais tampoco escritura. Debíais suplirla por símbolos ó por imágenes que nunca podían reproducir fielmente las ideas abstractas.

Vivíais, por fin, completamente aislados. Ni el mundo os conocía, ni vosotros tampoco conocíais el mundo.

Nuestra dominación se imponía. Era preciso ponerlos en contacto con el resto de la especie, haceros partícipes de los beneficios de una civilización debi-



RETRATO DE HERNÁN CORTÉS

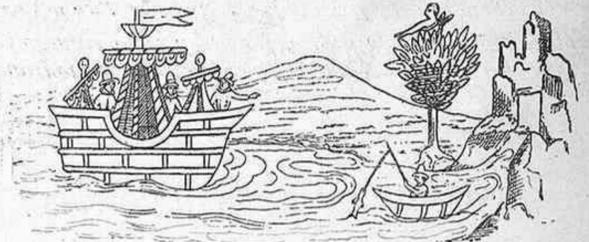
da á los perseverantes esfuerzos de la ciencia y la industria durante más de veinte siglos, abrir vuestra feracísima tierra al trabajo y al comercio de los demás hombres, arrancaros de las garras de vuestros falsos dioses, poner fin á vuestros sacrificios y llevaros á conocer al verdadero Dios, al Dios criador del cielo y de la tierra.

Nadie como los españoles para tan difícil empresa. La lucha con los árabes nos había hecho los soldados de Cristo. Fué desde entonces nuestro más acariciado ideal llevar á todas las gentes el evangelio. Nos deparó el cielo la suerte de ser los primeros en cruzar el Océano y descubrir vuestro continente: en él vimos desde luego un campo en que explayar nuestro fervor religioso.

No nos importaba la resistencia que pudiésemos encontrar en los indígenas: habíamos vencido la de más cultos y poderosos pueblos. Cuando pusimos el pie en Tabasco, habíamos ya medido ventajosamente nuestras armas con los italianos y los franceses; nuestro rey acababa de coronarse emperador de Alemania; y Turquía empezaba á desasosegarse al ver nuestro creciente poderío. ¿Quién allá en América había de poder vencerlos?

Mutezuma vió clara la situación y tuvo el buen acuerdo de declararse incontinenti vasallo del rey de Castilla. Si vos, dejándoos llevar más de los ímpetus de vuestra mocedad que de los consejos de la razón, no hubieseis adoptado otra política, ¡qué de males no habríais ahorrado á vuestras gentes! Habríais evitado la ruina de Temixtitán, la muerte de millares de mexicanos y las duras consecuencias de toda conquista por la fuerza.

GUATIMOZÍN. — Moctehuzoma, Cortés, no fué en lo que hizo después de vuestra llegada digno de aplauso. Al veros á vos y vuestros soldados por las pinturas que de la costa de Culhua le remitieron, entró en una preocupación que fué la causa de su ulterior conducta. Figuraba entre nuestros falsos dioses Quetzalcoatl, y de él se decía que al abandonar la tierra en Coatzacoahuac había predicho á los jóvenes que de Cholollan habían bajado á despedirle que allá en los futuros tiempos arribarían á aquellas pla-



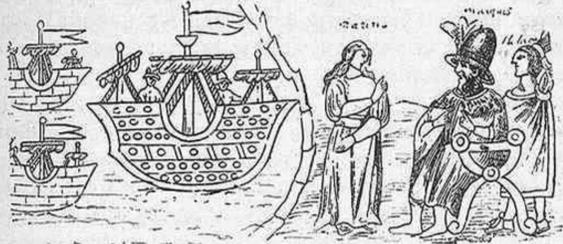
Los enviados de Mutezuma observan las naves de Grijalva

yas hombres venidos de Oriente, de blanco rostro y espesa barba como los que él tenía. Os creyó Moctehuzoma descendientes de Quetzalcoatl y consideró inevitable vuestro predominio. Anduvo así vacilante y tímido precisamente cuando de más energía y resolución necesitaba.

Ni se decidió nuestro buen monarca á combatirlos como debía viendo que os presentabais con el ca-

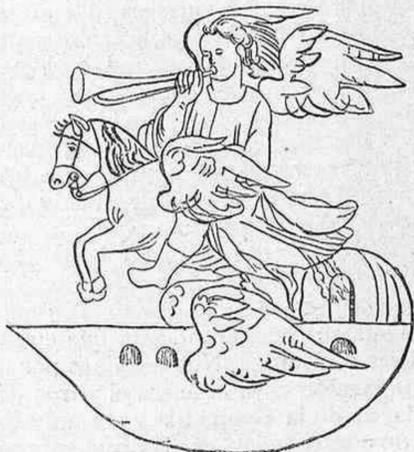
rácter de embajador y sin embargo ibais con gente armada; ni se atrevió á franquearos con las debidas precauciones las puertas del Imperio antes que os pudierais aliar con sus enemigos. Quiso evitar que llegarais á su Corte, pero sin recurrir á los medios oportunos. Se limitaba á rogaros una y otra vez que no fuerais, ya enviándoos ricos presentes, ya encareciéndoos las dificultades del camino, ya poniéndoos por delante los muchos pueblos del tránsito que no le obedecían, ya forjando cándidamente escollos en que tropezarais. Afirmáronle en su preocupación por una parte lo inútil de estas medidas, por otra vuestra tenacidad en no retroceder, los combates que en Tlaxcallan habíais librado y los crímenes que en Cholollan habíais cometido; y perdió toda su antigua virilidad, todo su antiguo aliento.

Supongo que no habréis olvidado cómo os recibió en Tenochtitlán. Nunca había desplegado mayor pompa ni mayor fausto. Jamás había dispensado á huésped alguno tan señaladas honras. Os salió al encuentro en una de las calzadas, os entregó dos collares con camarones de oro á cambio del de margaritas y diamantes de vidrio que le echasteis vos al cuello, os llevó por las calles de la ciudad, vos del brazo de Cuitlahuatzín, su hermano, él del de Cacamatzín, rey de Tetzcuco, y os alojó con toda vuestra gente en el palacio donde había vivido Axayacatl, su padre. Por su propia mano os condujo á una de las salas del palacio; y allí, dejándose llevar como siempre de su preocupación funesta, tuvo la debilidad de deciros que reconocía por señor natural á vuestro rey y estaba dispuesto á cumplir lo que mandarais. ¿Os habíais atrevido á esperar tanto en



Arribo de la armada de Cortés

vuestros más locos sueños? No se consideró ya Moctehuzoma dueño de sí mismo y accedió á cuanto quisisteis. Toleró que convirtierais vuestro palacio en fortaleza, y permitió que vos y vuestros capitanes entrarais con armas en sus aposentos. Se inmutó al oír de vuestros labios que Quaulipopocatzín por su orden había dado muerte en Nauhhtlán á dos españoles, y no sólo ordenó que prendieran desde luego al matador y sus cómplices, sino que también se dejó prender él mismo, llevando la bajeza hasta el punto de calmar y acallar la justa irritación del pueblo. A los pocos días os hizo juez de Quaulipopocatzín, de un hijo suyo y de otros quince varones principales, y consintió que públicamente los quemarais y á él privadamente le echarais grillos. A vuestra instancia convocó por fin á los grandes del reino, y bien que con lágrimas, les dijo que debían reconocer por su señor al rey de España y pagaros á vos los tributos.



Símbolo de la Conquista en el códice Ramírez

Acostumbrado el pueblo á la sumisión, no se atrevía á contrariar las órdenes de Moctehuzoma. Recibíala con verdadero enojo la nobleza, pero tampoco osaba rebelarse: temía afrontar á la vez vuestras iras y el desagrado de su monarca. Sólo Cacamatzín tuvo entonces el valor de combatirlos. Moctehuzoma le puso en vuestras manos valiéndose de las discordias de Tetzcuco, y allí acabó al parecer todo conato de rebelión y de protesta.

Acomodóse Moctehuzoma á la servidumbre en que le teníais y hasta os lo premió con innumerables larguezas. Os llenó de oro, de joyas, de finísimas telas, de plumas y de cuantos objetos de lujo la ciudad contenía, hizo que os viniera de todas partes oro en abundancia y quiso daros por mujer á la más bella



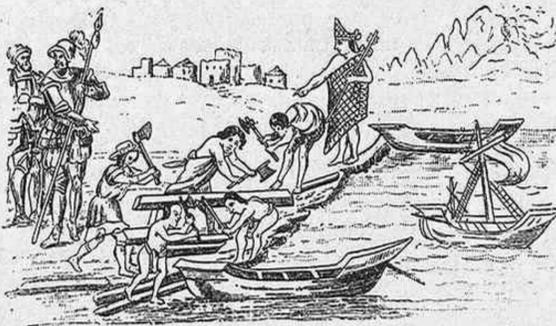
GUATIMOZÍN, undécimo rey y último emperador de México

de sus hijas. La nación en cambio, parte por vuestra altanería, parte por ver deshechas una tras otra las esperanzas que se le había hecho concebir de que saldríais del reino, sentía cierto disgusto que de cada día se fué acentuando y se convirtió al fin en odio. Vino la matanza de la fiesta Toxcatl, y ese odio estalló en abierta rebelión y decidida guerra.

De poco sirvió entonces que de Zempoallan, donde acababais de vencer á Narváz, volarais á Tenochtitlán; la insurrección pudo más que vuestras armas y sucumbisteis. Los resultados fueron desastrosos. Moctehuzoma perdió la vida queriendo arengar al pueblo desde el pretil de vuestro palacio, y vos hubisteis de recurrir de noche á la fuga, perdiendo en ella vuestros tesoros y gran parte de vuestros soldados.

¿Fuí acaso yo el que indujo el pueblo á la guerra? ¿Era después de este fracaso Moctehuzoma el espejo en que podía mirarme? A mi juicio Moctehuzoma y vos anduvisteis desacertados. Os precipitasteis el uno en bajar, el otro en subir, y provocasteis la catástrofe. Caisteis sobre todo en el error de que la nación, sin haber sido derrotada, podría continuar siendo en vuestras manos una masa inerte y blanda, susceptible de la forma que mejor os pareciera.

Muerto Moctehuzoma, subió al trono de México



Construcción de los bergantines en Tlaxcallan, jeroglífico de Durán

Cuitlahuatzín su hermano. Cuitlahuatzín adoptó desde luego otra política. Pensó, como debía, en la defensa del Imperio, principalmente cuando supo que los tlaxcaltecas, temerosos de nuestra venganza, os habían persuadido á que os quedarais en su tierra y prepararais contra nosotros otra campaña. Se procuró no sólo armas sino también amistades: trabajó por que Tetzcuco, que había perdido á su rey Cacamatzín en vuestra retirada, le nombrase sucesor que nos fuese adicto. Logró que nombrasen á Cohuana-coxtzín, que estuvo con nosotros hasta su muerte.

Murió Cuitlahuatzín á los pocos días de haberse ceñido el *copilli*, y yo no hice más que proseguir su obra. Afirmé las mal seguras relaciones con los reinos vecinos, especialmente con el de Michoacán, el más poderoso, y me esforcé cuanto pude por atraerme á los tlaxcaltecas, base y cimiento de vuestra conquista. ¡En cuán poco estuvo que no lo consiguiera! Xicotencatl estimó en mucho mis razones y mis ofrecimientos, y habría ganado indudablemente

á los demás señores sin la fe que ya en Cristo tenían.

Por esos tlaxcaltecas y los acolhuas, no lo dudéis, triunfasteis en México. Por los tlaxcaltecas os ganasteis á los vecinos chololtecas y los huexotzincas, y con los soldados de los tres pueblos os apoderasteis de las provincias de Tepeyacac, Itzacán y Quauhli-quecholac. Entre los acolhuas de Tetzcuco seguían las discordias que habían sobrevenido á la muerte de Netzahuilpilli. Estaban contra Cohuana-coxtzín sus hermanos; y éstos por boca de Ixtlilxochitl os fueron á ofrecer en Tlaxcallan sus servicios, os aseguraron que tendríais por vuestra su capital en cuanto llegaseis á los lagos, y por vuestra la tuvisteis.

La suerte no se os podía presentar más favorable. En Tlaxcallan labrasteis con toda seguridad las piezas de vuestros proyectados bergantines é hicisteis los acopios para armarlos; en Tetzcuco las ensamblasteis sin resistencia, y por un canal que los acolhuas os abrieron os introdujisteis en nuestras aguas. ¿Quién os los transportó y defendió de Tlaxcallan á Tetzcuco? Veinte mil tlaxcaltecas. Sin su favor y el de los acolhuas, ¿qué habríais hecho?

Decíais los españoles que los acolhuas y los tlaxcaltecas valían poco. Valdrían poco contra vuestros soldados, no contra los nuestros. Ellos y nosotros, ¿no éramos acaso de la misma raza, de esa raza que considerabais inferior á la vuestra? Actos de bravura hicieron por otra parte tlaxcaltecas y acolhuas que igualaron, si no superaron, los de vuestros mejores capitanes. Ixtlilxochitl, á quien habría sacrificado sin vacilar como traidor á la patria, valía tanto como vos en el consejo y en la guerra.

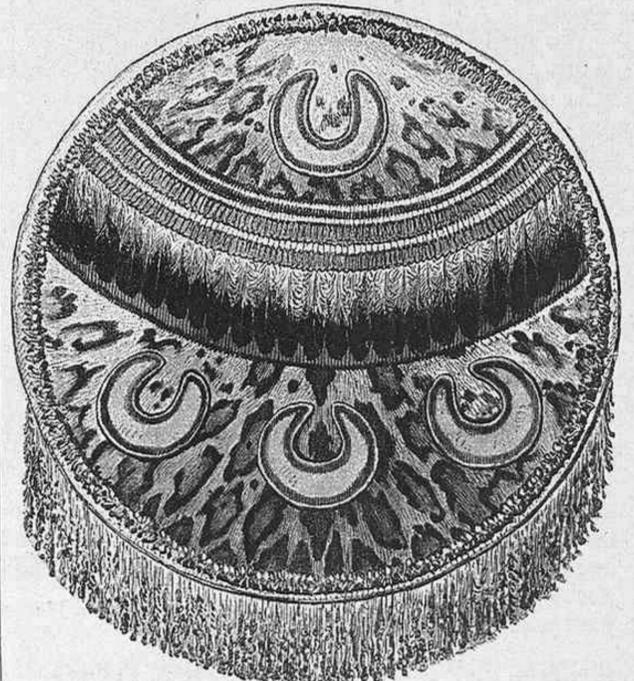
Ixtlilxochitl fué el que de acuerdo con vos obligó á Cohuana-coxtzín á recogerse en Tenochtitlán con la gente que pudo; él quien os entregó la ciudad de Tetzcuco. Puso en lugar del fugitivo Cohuana-coxtzín á Tecocotl su hermano, y asumió el mando del ejér-



Mutezuma socorre á su pueblo durante la gran hambre, jeroglífico de una piedra encontrada en 1790 en la plaza Mayor de México

cito. El daño que nos causó es indecible; la ira que en mí encendieron sus actos, tremenda. No podía yo ver con calma que tanto valor y tanta pericia se empleasen en pro de nuestro común enemigo.

En vuestro poder Tetzcuco, nuestra situación era difícilísima. Tetzcuco era una ciudad grande, culta, bien fortificada y abastecida, cabeza de un reino mucho más reducido que el de México, mas de crecidos y numerosos pueblos: podía ser, como fué para vos,



Escudo de guerra de Mutezuma, dibujo de Cronau, según el original que se conserva en el Museo Nacional de México

centro de operaciones, semillero de soldados, arsenal, puerto de retirada y de refugio. Para nosotros no había de ser sino un peligro, cuando no un azote.

Tenochtitlán no desmayó, sin embargo. Tenía fe en su valor y su fortuna. Como os había arrojado de su seno, esperaba rechazaros de sus puertas. De no conseguirlo, estaba resuelto á perecer antes que rendirse. Temía vuestra venganza, como Tlaxcallan temía la vuestra.

No se arredró Tenochtitlán ni cuando ganasteis á vuestra amistad los pueblos de los acolhuas; ni cuando recibisteis de Oriente y Mediodía multitud de gentes; ni cuando os apoderasteis de las ciudades de los lagos; ni cuando en Tetzcuco hicisteis alarde de más de cien mil hombres, los distribuisteis en tres cuerpos, establecisteis uno en Coyohuacán y otro en Tlacopan y reservasteis el tercero para acudir adonde lo exigiera el mayor peligro; ni cuando echasteis en nuestras aguas los trece bergantines, ni cuando os decidisteis á entrar por uno de los caminos de la ciudad rompiendo albarradas y cegando puentes. Entrasteis y salisteis uno y otro días: los nuestros os esperaron siempre á pie firme, y al retiraros cargaban sobre vosotros sin que los detuviera ni el revolver de vuestros caballos, ni el hierro de vuestras lanzas. Adelantabais, pero ¡en cuán poco estuvo que no sucumbierais! Acordaos de lo que os sucedió en Xochimilco: por milagro escapasteis de la muerte.

Aquel descalabro os hizo más cruel de lo que habíais sido. Entrasteis quemando las casas y los palacios de las calles que ganabais, sin perdonar ni siquiera el que meses antes os había dado Moctehuzoma por alojamiento. No perdonasteis medio de acabar con nosotros: recurrísteis á las más pérfidas artes. A más de cincuenta mil hombres disteis ú ocasionasteis la muerte en los últimos días de tan espantoso asedio. Ni á mujeres ni á niños perdonasteis. Os quisisteis adelantar al hambre, que ya entonces llevaba sobre cincuenta mil víctimas.

La paz por que me rogabais no la quería nadie. Al principio peleaban y morían los nuestros por la patria; al fin peleaban y morían por no sobrevivir á sus deudos. Buscaban ya todos en la muerte el término de sus desventuras. «Matadnos — os decían, — para que dejemos de sufrir y vayamos á nuestro dios Huitzilopochtli, á los esplendorosos palacios del sol, morada de los guerreros que mueren en combate.» Seguía yo los impulsos de mi pueblo, y consideraba indecoroso rendirme donde tantos héroes habían combatido hasta perder la vida. Ganasteis así, no una ciudad, sino sus escombros; no una población, sino su cadáver.

Pretendéis decorar vuestra conducta suponiendo que os propusisteis civilizarnos. Al pisar nuestro territorio no llevabais otro objeto que rescatar oro y recoger cautivos para venderlos. Después que os enterasteis de que existíamos, concebisteis más altos pensamientos y no vacilasteis en quebrantar la fe que por un contrato debíais á Velázquez. Fundasteis una colonia y establecisteis un ayuntamiento, con el principal fin de que os nombrasen jefe de las fuerzas que os acompañaban; y ya con este generalato emprendisteis vuestra marcha á lo interior del reino, asegurando falsamente que erais portador de una embajada de vuestro rey para Moctehuzoma. Temisteis que no os desconcertaran los amigos de Velázquez el plan que os habíais trazado y, para quitarles toda idea de volverse, antes de partir disteis al través con vuestras naves.

No abandonasteis, con todo, vuestro primitivo intento. De Tabasco á Tenochtitlán recibisteis varios

¡cuántos de vuestros soldados no ocasionó la muerte en la retirada de la *noche triste!*

En vuestra segunda campaña, sobre todo desde que llegasteis á la orilla de los lagos, el robo fué compañero inseparable del incendio. Es imposible encarecer la manera cómo saquearon nuestra ciudad, así la gente de vuestros bergantines como la de tierra. Vencido, me preguntabais con ahinco por mis riquezas y las de mis mayores; y porque os hube de contestar siempre que en vuestras manos habían desaparecido ó estaban en el fondo del lago, cometisteis la iniquidad de darme tormento. Me lo disteis á mí y á mi deudo, el rey de Tlacopan, que en todo parecía destinado á compartir mi negra suerte.

No por esto opino que la codicia fuese el solo móvil de vuestros actos. Lo fueron también el instinto de conquista y el afán de gloria. También el deseo de llevarnos á la fe de Cristo. No porque fuerais cruel, dejabais de ser religioso. Creíais firmemente en Dios y á él volvíais con firmeza el corazón y los ojos. Más de una vez os imaginasteis dirigido y sal-



Cortés coloca la cruz en Tlaxcallan, lienzo de Tlaxcallan

vado por la Providencia. Plantabais en todas partes la cruz y estabais siempre dispuesto á platicar sobre la excelencia del cristianismo y combatir la idolatría. Pecabais en este punto más por exceso que por defecto.

Vuestro fervor religioso os hizo intolerante y nada prudente. En hora buena que no hubieseis perdonado medio de abolir nuestros sacrificios; no debisteis nunca por vuestra propia mano arrojar, como arrojasteis, del templo las imágenes de nuestros dioses. No lograsteis con esto sino escandalizar al pueblo y espantar á Moctehuzoma. Lo hicisteis con el propósito de demostrarnos que se podía derribar impunemente nuestros ídolos; mas sin prever que en días no lejanos podrían los nuestros arrancar, como arrancaron, del mismo templo las imágenes de Cristo y de la Virgen sin que tampoco se desquiciara el orbe. Repetisteis el acto durante el cerco de Tenochtitlán, y no sabéis hasta qué punto enconasteis contra vos y los vuestros el odio de los mexicas. Eramos nosotros, como decís, conquistadores; jamás nos atrevimos á poner la mano en los dioses de los vencidos.

No se apagó vuestro fervor religioso después de nuestra caída. Sentíais impaciencia por vernos cristianos, y pedíais ahincadamente á vuestro César que os enviara misioneros. Las conversiones fueron numerosas y rápidas, pero ¡cuán poco sólidas! Eran de-

El tránsito de nuestra religión á la vuestra no habría sido del todo difícil, de haberse llevado las cosas con prudencia y tino. Quetzalcoatl era por una de nuestras tradiciones hijo de una virgen. Había pasado por el mundo dando ejemplo de austeridad y penitencia. Aborrecía los sacrificios humanos; no oía hablar de sangre que no volviese la cabeza ó se tapase los oídos. Él era el que había establecido entre nosotros el bautismo, la confesión, el ayuno, el celibato sacerdotal, las comunidades religiosas de ambos sexos. Había sido rey primeramente de Tollan, después de Cholollan; y á pesar de no haber derramado sino el bien por sus pueblos, había sufrido la persecución de otros cultos y había debido abandonar la tierra. ¡Qué precedente no era ese Quetzalcoatl para el cristianismo!

Observad ahora las analogías entre vuestro bautismo y el nuestro. Nosotros con el agua purificábamos también los corazones de las manchas que en nuestro sentir traían desde antes del principio del mundo: veíamos en el agua un principio de regeneración y de vida, y con ella mojábamos primero los labios, después el pecho y por fin la cabeza y el cuerpo del recién nacido. Practicados estos ritos, no tardábamos en ofrecerle á los dioses.

Tenéis aún hoy una falsa idea de lo que fué la religión azteca. Poned á un lado sus sacrificios y sus extravagancias. Llenaba el fin social tan bien ó mejor que la vuestra. Unía á los hombres y los acostumbraba de niños á la obediencia y la disciplina. Por sus numerosas y brillantes fiestas, á que concurría todo el pueblo, los mantenía en la paz y la concordia, y por algunos de sus preceptos los hacía contribuir á la limpieza y á la hermosura de la ciudad, ya barriendo las plazas, ya recomponiendo los caminos y los caños por donde corrían las aguas. Partiendo, además, del carácter invasor de nuestra raza, á la guerra nos consagraba y con destino á la guerra nos educaba y nos instruía. Esta, nos decía al bautizarnos, no es sino tu alojamiento; tu tierra es el campo de batalla.

La religión lo era todo en nuestra monarquía. Nos tomaba el sacerdote á los cinco años y no nos dejaba sino á los diez y ocho. Educaba é instruía al príncipe como príncipe, al noble como noble y al plebeyo como plebeyo; mas nos adiestraba á todos en el manejo de las armas y nos sometía á los trabajos de la guerra. Por esto veáis brotar de todas partes



Cortés llega á Tlaxcallan, jeroglífico de Durán

soldados: pudo Ixtlilxochitl organizaros en días un ejército de cincuenta mil hombres y hubisteis de pelear en Tenochtitlán con enemigos que incesantemente se renovaban. Sacerdocio y milicia, estaban estrechamente unidos. Moctehuzoma y yo antes que reyes fuimos sacerdotes de Huitzilopochtli.

No os hablaré ahora de la profundidad de ciertos dogmas. Muchas cosas á vuestros ojos absurdas tenían para nosotros honda significación y alto sentido. Constituían una verdadera red teológica nuestras ceremonias y nuestros ritos. ¿A qué hablaros de ellos cuando reconocí y reconozco la superioridad de vuestra sencilla teodicea y vuestra liturgia? En Tenochtitlán fuí de los primeros que abrazaron la religión cristiana: víctima de vuestra crueldad, ratifiqué mi creencia al pie del patíbulo.

Nuestro saber no era tampoco igual al vuestro. Habíamos no obstante medido con tanta ó más precisión que vosotros el curso del sol, la luna y otros astros, y teníamos una cronología que en nada era inferior á las de Europa. Nos regíamos por un sistema de numeración cuya base era el veinte. Conocíamos las leyes de la Geometría y las aplicábamos á las artes de construcción, en las que sobresalíamos desde remotos tiempos. No nos arredraba la edificación fuera de terreno firme: en medio de un lago habíamos establecido la capital azteca.

Admiraban los monumentos del Anáhuac por lo sólidos, lo bien labrados y lo grandes. No hay quien no encarezca las pirámides de Cholollan, Papantla y Xochimilco. Vos mismo no hallabais palabras con que transmitir á vuestro emperador las impresiones que os produjo el templo mayor de Tenochtitlán. ¿Qué no dijisteis de los palacios y los jardines de Moctehuzoma? Adondequiera que fuisteis hallasteis



Llegada de Cortés á Hueyotlipan, lienzo de Tlaxcallan

mensajes de Moctehuzoma: rechazasteis siempre los ruegos y las proposiciones que os hacía, nunca el oro que os enviaba. Ya en Tenochtitlán, le sonsacasteis toda la riqueza que pudisteis. Al ir á repartirlo entre vos y vuestros camaradas, por lo codicioso que os mostrasteis hubisteis de sostener grandes altercados y oír no pocas injurias. El deseo de salvar el botín

bidas unas al temor, otras á la falsa idea de que reconocer á Cristo no era sino añadir un dios más á los antiguos dioses. Cambiar las creencias de los pueblos no fué jamás cosa fácil; imponerlas fué siempre poco eficaz y peligroso. Un siglo después vivían aún en México bajo la superficie cristiana la teogonía y el culto de nuestros aztecas.

con sorpresa casa en que alojaros con toda vuestra gente.

Carecíamos efectivamente de escritura y no podíamos fijar el pensamiento sino por medio de jeroglíficos que, á excepción de los simbólicos y algunos de los figurativos, no eran sino ayuda de la memoria. Gracias, no obstante, al hábito, que todo lo facilita y lo allana, leíamos nosotros en aquellas pinturas los principales sucesos de nuestra historia, el lugar y la fecha en que ocurrieron y los personajes que en ellos figuraron; la sucesión de los días, los meses, los años, los ciclos y las edades en que habíamos dividido el tiempo; los tributos que había de satisfacer ó los servicios que había de prestar cada una de nuestras ciudades; cuántas eran y cómo estaban distribuidas las tropas del reino, las lindes de las tierras, el estado de las industrias, las penas de los delinquentes, las costumbres.

Suplase también la escritura por la enseñanza oral que transmitía de generación en generación los conocimientos. La enseñanza y la educación no estaban allí circunscritas á determinadas clases: dábales el sacerdocio, según os he dicho, á los hombres todos, que sus padres quisieran, que no quisieran; y la transmisión de los pensamientos, como la de los buenos modales, no era fácil que se interrumpiese.

Esa generalidad de instrucción y educación había hecho de nosotros un pueblo culto. Nos distinguíamos de los demás por el gusto y la delicadeza. Claramente los revelaban la hermosura y el aseo de nuestras poblaciones, nuestras casas de Tenochtitlán con sus azoteas y sus dobles jardines, la esplendor de las fiestas que se celebraban en honor de los dioses y los reyes, nuestro amor á los adornos, los perfumes y las flores.

Hasta la plebe era allí más instruída y culta que vuestros ignorantes y groseros soldados. Había recibido, sobre todo lo necesario para la vida, lecciones prácticas; y así entendía de las labores del campo, como de levantar una tienda ó construir una casa. No confundía las plantas ni los animales. No desconocía tampoco á nuestros héroes: los cantaba frecuentemente en los patios de los templos.

No íbamos desnudos. De paz, nos cubrían el cuerpo el *maxtli* y el manto; de guerra, la armadura de cuero. No iban más vestidos en vuestra antigüedad pueblos muy civilizados.

En medios de vida, ¿quién nos aventajaba? Ponderasteis vos mismo la grandeza y la abundancia de nuestros mercados. «Aquí se vende — decíais — de cuanto hay en la tierra; aquí hay todo linaje de vituallas y mantenimientos.» Carecíamos de trigo; pero teníamos en cambio el maíz, del que sacábamos pan, miel y vino.

La agricultura se hallaba en estado floreciente: con cercas las heredades, rectos los surcos, altos los camellones, prolija la labor, serpenteando por todas partes el agua, tal vez conducida por largas atarjeas. Gozo daba ver nuestros maizales, nuestros algodones, nuestros cacahuales, huertas como la de Huaxtepec y jardines como los de Tenochtitlán y Tetzcozcincó.

No era menos floreciente el estado de nuestras artes. Lo confesasteis vos mismo y aun lo encarecisteis. Excelentes os parecieron nuestros artículos de barro, sobre todo nuestra loza, ordinariamente pintada, que podía resistir la acción del fuego, según visteis por los braserillos que debajo de cada plato poníamos en invierno á fin de que las comidas no se enfriaran. De nuestros tejidos llegasteis á decir «que no se los podía hacer ni mejores ni tan buenos en parte alguna del mundo, como no fuesen de seda, ya se considerara lo fino de su labor, ya la brillantez y la variedad de sus colo-

res.» No hablasteis con menos entusiasmo de las delicadas ropas que componíamos con las vistosas plumas de nuestras aves, trabajo realmente sin par en la tierra. «Ni en bordado ni en cera — escribisteis —

aislado de los demás, siempre que la necesidad le agujonea.

El comercio no era entre nosotros tan limitado como á primera vista pudo pareceros. Al Mediodía se extendió siempre más allá de las fronteras. Cuando vosotros vinisteis, cambiaba nuestros productos con los pueblos mayas. De antiguo organizaba grandes expediciones que, trocando no pocas veces por las armas los báculos de viaje, mantenían violentamente sus fuegos y daban ocasión á guerras y conquistas. No eran entre nosotros objeto de animadversión los mercaderes: constituían una de las clases del Estado, gozaban de inmunidades y privilegios y rivalizaban con la nobleza.

La importancia del comercio interior la pudisteis apreciar por vuestros mismos ojos. En nuestra plaza de Tlatelulco, dos veces mayor que la mayor de España, visteis todos los días comprando y vendiendo hasta sesenta mil almas. No teníamos pesas ni medidas; tampoco moneda acuñada; pero sí almendras de cacao que la supliesen, amén de ciertos canutillos de oro que facilitaban los cambios. No por esto el tráfico se nos hacía difícil. Nos lo hacía mucho más difícil la absoluta privación de bestias de carga. Culpa nuestra no fué; no nos las daba la naturaleza.

El comercio marítimo, el de altura, ese nos fué realmente vedado. No nos llevó el genio nacional por las industrias navales. Dependió, á mi juicio, no sólo de haber ignorado la existencia de otro continente, sino también de no haber

tenido á la distancia que vosotros islas importantes. De habernos llevado el genio nacional por las artes de la navegación como por tantas otras, ¿quién sabe si nosotros y no vosotros habríamos sido los descubridores, si habríamos nosotros descubierto la Europa, como vosotros descubristeis la América?

Asómbreme que de cosa tan eventual hayáis vosotros hecho título de ocupación y de dominio. Llegó Colón á las costas de Guanahani, enarbola al poner el pie en tierra la bandera de Castilla y por ante escribano toma en nombre de sus reyes posesión de la isla. Le seguís los que tras él vinisteis; y en vuestro loco afán por dominarlo todo, llegáis á tomar posesión ante escribano público aun del mar que llamasteis del Sur y hoy lleva el nombre de Océano Pacífico.

Vosotros, que tanto blasonabais de juristas, ¿por qué principio de derecho pudisteis nunca apropiaros lo que descubristeis? Concibo que lo hicierais con islas desiertas, no con territorios poblados de seres tan hombres como vosotros.

Para con nosotros, los mexicanos, no invocasteis como título el descubrimiento, mas tampoco lo ajustasteis mejor. ¿Con qué razón ni justicia pretendisteis que rindiéramos homenaje y tributo á vuestro don Carlos? Ni le conocíamos ni él nos conocía; no teníamos para con él ni él para con nosotros motivo alguno de hostilidad ni de queja; vivíamos separados de él y él de nosotros nada menos que por el color, la raza, la lengua, las costumbres y un mar inmenso que ni aun con vuestras naves cabía cruzar en días. ¿Nos habíamos atravesado ni nos podíamos atravesar en su camino? Tenía allá en Europa hartas naciones enemigas en

que satisfacer su espíritu de engrandecimiento y explayar su ambición y su soberbia.

Habéis confesado paladinamente que obrasteis por el derecho de la fuerza, y con el fin de cohonestar vuestra conducta me habéis echado en cara que también nosotros lo aplicábamos. Jamás á vuestro modo. No hicimos nunca nosotros la guerra sino provocados por las vecinas gentes. Si las vencíamos, nos limitábamos á imponerles tributos en especies y

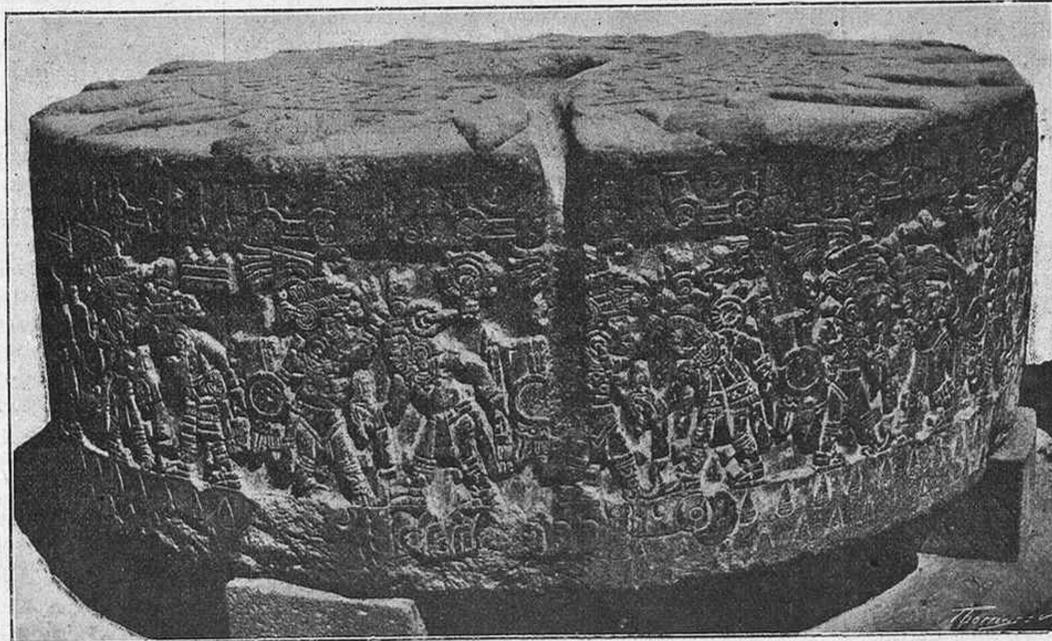


Gran piedra conocida con el nombre de Calendario azteca, que se conserva en el Museo Nacional de México (de una fotografía)

cabría cosa mejor.» Os fijasteis hasta en las esteras que nos servían, ya de cama, ya de asiento, ya de abrigo ó adorno en los estrados, y las ponderasteis por lo vario de su color y de su forma.

Os maravillaron nuestras joyas, y más aún que nuestras joyas, las reproducciones de seres vivos que en oro, plata, pedrería y plumas ostentaban los jardines de Moctehuzoma. No acertabais á comprender con qué instrumentos se las había podido hacer tan perfectas, ni vacilabais en afirmar que habíamos sobrepujado á los plateros de Europa. «No es posible — añadíais — que príncipe alguno haya nunca tenido tan nuevas, tan raras ni tan portentosas prendas.»

Os regaló un día Moctehuzoma unas cerbatanas con una red de oro para los bodeques. Os sorpren-



Piedra del sacrificio que se conserva en el Museo Nacional de México. En el centro de la piedra hay una abertura redonda donde se colocaba el corazón palpitante de los sacrificados

dieron no sólo sus brocales, de oro labrado, sino también sus cañas, en que con bellos colores y atinados matices venían figuradas muchas y muy diversas aves y plantas.

Si con carecer del hierro obramos, Cortés, tales maravillas, calculad lo que habríamos hecho si lo hubiéramos tenido. Se cae en grande error cuando se cree que sólo por marcadas sendas va á su perfección el hombre; se las abre nuevas todo pueblo que vive

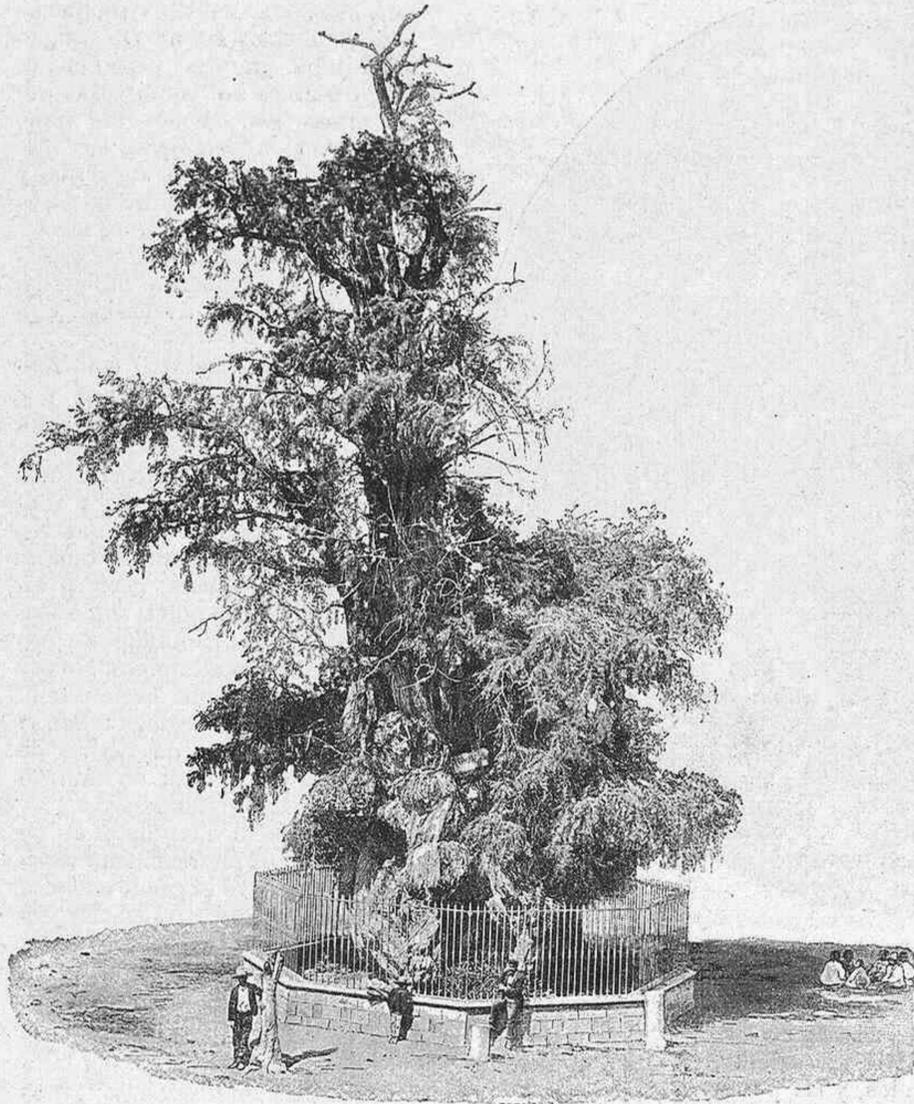
en sangre; no les quitábamos jamás ni sus leyes ni su gobierno. Vosotros, por lo contrario, acabasteis pronto con nuestros reyes: ni á los de Tetzcuco conservasteis. Años después labraban algunos la tierra por sus manos; otros, hambrientos y haraposos, os

Como uno de los signos de nuestra inferioridad habéis citado la carencia de unidad política. Cuando pusisteis el pie en México, ¿teníais esa unidad en la Península? Según oí de boca de vuestros capitanes, quedaba aún independiente un reino, y lo eran no

no, os lo he dicho ya, entré en vivas ansias de ganarlo y no perdoné medio de conseguirlo. La empresa era grande, temeraria, loca: la acometí viendo que, si eran inferiores mis fuerzas, eran superiores mis armas. Confié también en Dios, tenedlo por seguro: yo era fervoroso creyente, por más que, siguiendo la general costumbre, procurase compaginar mi religión con mis deseos y aun con mis pasiones. El soldado, ¿por qué no decirlo?, prevalecía en mí sobre el cristiano.

Ya empeñado en la conquista, ¿qué queríais que hiciera? A cada paso veía crecer las dificultades y los peligros. Más que la idea de imponerme por el terror, el instinto de conservación, no pocas veces ciego, me condujo á los actos de crueldad que tan de relieve habéis puesto. Decís que en mi primera expedición me precipité, y quizá la razón os sobre; mas yo, no bien vi vuestra ciudad en medio de un lago con puentes levadizos en las calzadas que la unían con la tierra firme, con azoteas en las casas, con elevadísimas torres por templos, con gentes sin número, conocí el riesgo en que me ponía y me desviví por prevenirlo. Fué aún el instinto de conservación el que á los pocos días hizo que pusiera bajo mi poder á Muteczuma. Caso de muerte se me hacía toda tardanza en sustraerle á la sugestión de sus consejeros y quitarle la libertad y los medios de conjurarse en mi daño.

Vos, querido Guatemuz, fuisteis, como yo, hombre de guerra. Me inculpáis sin razón por los actos de mi segunda campaña. No, no tenéis derecho á quejaros de que yo tiñese en sangre á Temixtitán y



El ciprés de la noche triste (de una fotografía)

las tendían en demanda de una limosna. Me refiero ahora no sólo á los reyes de los lagos, sino también á los señores y caciques de los demás pueblos.

Duros y crueles fuimos nosotros con los prisioneros de guerra, frecuentemente inmolados en aras de los dioses; nunca á par de vosotros con las gentes de las naciones vencidas. No se nos ocurrió jamás hacer esos inicuos repartos de hombres que vosotros designasteis con el nombre de *encomiendas*; jamás poner con fuego marcas indelebles en las espaldas de los que contra nosotros se hubiesen levantado en armas. Como á los caballos los herrabais vosotros.

Si algo puede abonar las conquistas, es el buen trato de los conquistadores. ¿Fué bueno el que vosotros nos disteis? Jamás gimió pueblo alguno bajo tan horrenda servidumbre; jamás cayó sobre ninguna nación vencida tan espesa lluvia de males. Lo confiesan vuestros mismos historiadores, y cuando no lo confesaran, lo dirían en alta voz los hechos. En México fuisteis vos el que inició los repartos de hombres: los iniciasteis con el fin de remunerar á vuestros soldados. Se los hizo después para todo género de servicios, especialmente el de las minas, objeto principal y constante de la codicia de vuestros compatriotas. Por centenares caían allí aquellos infelices siervos del trabajo. A lo rudo de la labor se añadía la ruda é impía condición del que los mandaba. Esa ruda condición existía por desgracia en los más de los *encomenderos*.

Os apresurasteis á difundir el cristianismo; mas ¿quién lo había de considerar religión de paz y de amor viendo la dureza de vuestros corazones? «Si tan humano es vuestro Dios — os preguntaban, — ¿cómo se explica que bajo vuestro poder hayamos perdido la libertad y la ventura en que vivíamos al amparo de nuestros dioses?» Carecían vuestros conmitones, no sólo de caridad para con los vencidos, sino también de respeto para con los mismos preladados de la Iglesia. Llevados del demonio de la lujuria y el de la codicia, llegaron á prohibir á nuestros indígenas toda relación con vuestros sacerdotes. Querían el freno de la religión para las pasiones de los demás, no para las suyas. No habréis olvidado, supongo, los escándalos que entonces hubo: de parte de esos escándalos fuisteis vos testigo y acaso víctima. ¿Era así como se debía ni se podía derramar por aquellas regiones el evangelio?

hacia cuarenta años Aragón y Castilla. Tres reyes había en el valle de Anáhuac, pero los tres confederados hacía dos siglos. Desde la caída de Azcapuzalco deliberaban juntos los tres sobre sus comunes intereses; separadamente y cada uno de por sí sobre los propios. Tenía esta confederación antecedentes en nuestra historia: doce siglos atrás, en el período tolteca, la había habido entre los señores del Colhuacán, Otompán y Tollan. Renovada entre los de México, Tlacopan y Tetzcuco subsistía, cuando entrasteis en Tabasco, á pesar del predominio que observasteis en el de México.

¿Por contrario á la unidad tenéis este régimen? ¿No la establece acaso, sin mengua de la libertad de cada reino, la común deliberación y resolución de los comunes negocios? Ese régimen, notadlo bien, lo han adoptado las más de las naciones de América al emanciparse de Europa: ¿dejan por esto de ser unas?, ¿dejan de ser consideradas como unidades por los demás pueblos?

Sin el predominio de Moctehuzoma os habría sido mucho más difícil la conquista. No habríais podido ahogar en germen como ahogasteis la rebelión de Cacamatzín, rey de Tetzcuco. No habríais logrado introducir como introdujisteis la discordia en el palacio de los acolhuas, base, como os he dicho, de vuestra segunda expedición á los lagos. No la división del Anáhuac en tres reinos, sino la tendencia á la unidad que tan importante estimáis, fué una de las causas de nuestra ruina.

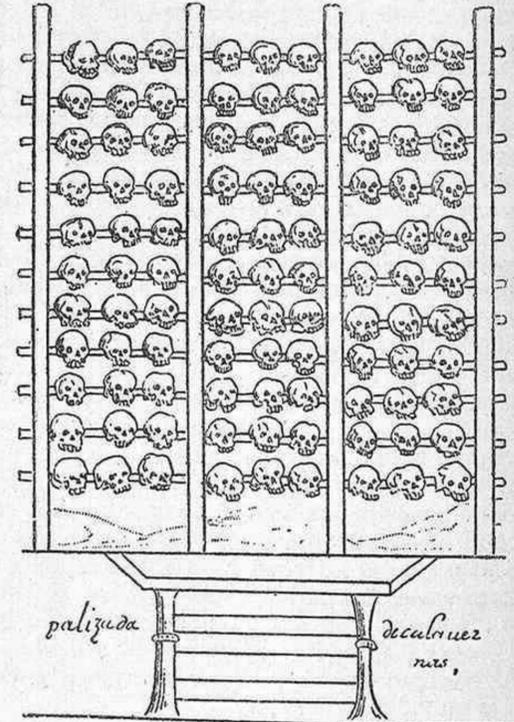
¡Ah, Cortés! Pretendéis en vano justificar vuestra conquista. Nada hubo que la autorizase; nada vino después á legitimarla. Abundosos y tempranos fueron sus males; escasos y tardíos sus bienes. Esclavo quedó México en cuanto lo vencisteis, y esclavo permanió durante siglos. Cuando llegó la hora de que se redimiera, ¡qué de restos no subsistían aún de su bárbara servidumbre!

CORTÉS. — No temáis, querido Guatemuz, que me queje de vuestros apasionados juicios. Sois aún



Pila bautismal española existente en el convento de franciscanos de Tlaxcallan (dibujo del natural)

aquel fogoso espíritu que os llevó á defender vuestra ciudad, aun viéndoos reducido á la plaza de Tlatelulco. Inspira vuestras palabras el noble sentimiento de la patria y merecéis aplauso. Principalmente por este alto sentimiento os hice yo la guerra. Poco me parecía el mundo entero para extender los dominios de Castilla. No bien vi en vosotros un dilatado rei-



El *tzompantli*, palizada de calaveras humanas (1)

la convirtiese en ruinas. Vos lo quisisteis. Os brindé, no una, sino muchas veces, con la paz, y os puedo jurar que la habría aceptado bajo las condiciones que más honrosas os hubieran parecido. Hasta á veros conmigo os negasteis. En situación tal, ¿había de levantar el cerco? No lo consentían ni mi honor ni el de España. No lo permitía la fe jurada á los que se habían reunido bajo mi bandera. No lo aconsejaban ni aun vuestros intereses. Con retirarme os habría dejado á todos envueltos en las más sangrientas discordias civiles. De no alzar el cerco, ¿cómo no ha-

(1) El *tzompantli*, que se levantaba delante de algunos templos, se componía de una plataforma ó zócalo de mampostería de sesenta varas de frente por diez de fondo, al cual se subía por treinta gradas labradas todo á lo largo de él; de modo que el tal zócalo tenía aproximadamente unas doce varas de altura. En el centro de esa construcción, á lo largo, había hincados en hilera unos maderos bien pulidos de la altura de un gran árbol, habiendo de uno á otro una distancia como de dos varas. Cada uno de esos gruesos maderos tenía de arriba á abajo una serie de agujeros á distancia de media vara uno de otro. De palo á palo, por los agujeros, metían horizontalmente unas barras delgadas, en las cuales ensartaban por las sienas las calaveras de los sacrificados; cada barra tenía veinte calaveras y llegaban estas hileras hasta lo alto de los maderos. La costumbre era que, después de comerse á la víctima y también la carne de la cabeza, se pusiera en el *tzompantli* sólo su calavera, aunque á veces se le dejaba el cabello; los huesos del cuerpo quedaban en poder del dueño del sacrificio, quien por trofeo los colocaba en el patio de su casa. Hay cronista que supone más de cien mil calaveras en esta palizada: otros las calculan en veinticuatro mil, si bien hay que tomar en cuenta los otros *tzompantli* existentes en el recinto frente á otros templos; Sahagún da razón de cinco *tzompantli*.

(Nota de los editores.)

bía de proporcionar la acción á la resistencia? Quemé cuando vi que desde las azoteas, atestadas de gente, caía sobre nosotros, así á la entrada como á la salida, un turbión de dardos y flechas y habíamos de renovar todos los días la pelea en las mismas calles y plazas.

Añadís que me adelanté al hambre. Antes que hubiera acabado el hambre con vosotros, habrían podido ir gentes en vuestra ayuda. Fuera de algunas ciudades de los lagos, ¿qué teníamos nosotros al Occidente de México?

No hablaré más de los actos de la conquista. La guerra es un hecho anormal, y todo es anormal en la guerra. La razón la dirige, pero la pasión la ejerce: las furias la acompañan. No sé que en parte alguna haya dejado de producir horrores como los que lamentamos. Llena está de horribles matanzas la historia; lleno de ruinas el mundo.

Más aún que por sus actos, por su origen os parece deplorable mi conquista; pero tampoco estáis en lo justo. Ley es de la humanidad que los pueblos más cultos absorban á los de menor cultura; sólo cuando los más cultos se corrompen y caen en la atonía suele ocurrir que la barbarie vaya á despertarlos y regenerarlos. Habéis hecho de vuestra civilización una fiel y brillante pintura, pero sin poder demostrar que nos igualarais ni en el conocimiento de Dios, ni en el de la naturaleza, ni en el de los medios más eficaces para el progreso. Justificada viene por este solo hecho mi conquista. Más cultos que vosotros éramos los españoles mucho antes de la venida de Cristo, y no pudimos evitar ni que nos invadiera Cartago ni que nos dominara Roma.

«¿En qué os habíamos ofendido?» preguntáis cándidamente. ¿En qué habían ofendido á la Macedonia los pueblos del Asia sometidos por Alejandro? ¿En qué á la Arabia los pueblos de Africa y España, sojuzgados por los descendientes del Profeta? ¿En qué nuestra España á las repúblicas de Roma y de Cartago? No creéis, á lo que parece, justificadas las guerras sino por motivos inmediatos y directos. Al ávido de conquistas, ¡qué pocas veces le faltan! Los busca; y cuando no los encuentra, los provoca. Esto hacíais aún vosotros, según se infiere de vuestras propias palabras. Esos mercaderes que en extraños países trocaban el báculo de viaje por las armas, ¿qué eran sino agentes vuestros, enviados á promover cuestiones que dieran motivo á la guerra y la conquista?

Apenas recibisteis las aguas del bautismo, recordadlo bien, Guatemuz, cobrasteis horror á los sacrificios humanos. Sin mi conquista, ¿habríais podido fácilmente desterrarlos de vuestros altares? En mi primera expedición había logrado que Muteczuma los suprimiera: no bien me arrojasteis de la ciudad, los restablecisteis. Durante mi segunda campaña en el desbarate de Tlatelulco me cogisteis vivos sesenta soldados. Al son de vuestros fúnebres tambores los llevasteis desnudos en procesión á lo alto del templo del dios de la Guerra, los tendisteis de espaldas sobre la piedra de los holocaustos (1), les abristeis el pecho, les arrancasteis el corazón, lo ofrecisteis aún bullente al horrible numen y con el pie arrojasteis gradas abajo los cadáveres. Hecatombes como esa abundaban entre vosotros. Cuando llegué á los lagos, recordaban aún muchos la que se había hecho treinta y dos años atrás con millares de cautivos. Poner fin á tan bárbaras ofrendas, ¿creéis que no legitimaba mi conquista? Salvé con mi guerra los fueros de la humanidad por vosotros tan indignamente ultrajada y envilecida.

Que después de la victoria se desencadenasen en nosotros las pasiones y no admitiesen la ambición y la codicia ni aun el freno de la Iglesia, es desgraciadamente cierto. Cada uno de mis soldados se tenía por un conquistador, y exigía la recompensa de sus servicios. El oro que nos dió Muteczuma lo perdimos casi todo en la retirada de la *noche triste*. El que recogimos durante el cerco fué poco, y aun ese lo llevaron en gran parte los tlaxcaltecas y los acolhuas: según lo escaso que fué el botín debisteis de cumplir las amenazas que nos teníais hechas: debisteis de arrojar al lago vuestros tesoros. Crecieron de día en día los clamores de mis camaradas, y queriendo ó no, hube de recurrir á los repartos de tierras y hombres que calificáis de inicuos. No tenía yo allí á mano las cajas del emperador, y había de sacar del país vencido todos mis recursos. Había de sacar re-

ursos para él y para mí; y yo, no satisfecho con haberle dado una nación como la vuestra, hice, como no ignoráis, armada sobre armada á fin de aumentar sus dominios.

Que herré esclavos, decís. Fuera de herrarlos no llevé las cosas más allá de lo que otros conquistadores y vosotros mismos las llevasteis. En el trayecto de Veracruz á Temixtitán recibí frecuentemente entre otras dádivas la de esclavos y esclavas. Existía la esclavitud entre vosotros, y la que de la guerra procedía llevaba consigo el derecho de vida y muerte. No es propio ni digno de un hombre como vos,



Monumento á Guatimozín en México (según una fotografía)

Guatemuz, censurar agriamente los desórdenes que á la conquista subsiguieron. Los hubo después de todas las conquistas, y los hubo de haber mayores después de la de México. No había sido allí el rey quien había promovido ni dirigido la guerra, sino uno de sus capitanes. El rey vivía á dos mil leguas de distancia: recibía él tarde mis noticias y yo tarde sus instrucciones y sus órdenes. Para colmo de mal tenía yo cerca del rey irreconciliables enemigos, y él se regía por un Consejo que interesadamente los oía. Ni el Consejo ni él podían fácilmente hacerse cargo ni de la índole de la conquista, ni de las condiciones de la tierra conquistada, ni de la respectiva situación de los vencidos y los vencedores. Los despachos que de España recibíamos, lejos de calmar los ánimos, los exageraban, y lo que era peor, comprometían la dominación conseguida á costa de tantos esfuerzos. ¿Qué no habría podido suceder si, cuando acababa de reducir á la obediencia pueblos rebeldes, me hubiese dejado relevar por Cristóbal de Tapia, á quien había encargado el rey la gobernación de México, sabe Dios por qué motivos?

Me acusáis, Guatemuz, de muchas cosas de que no soy yo el responsable. Lo habría sido de haberme coronado emperador de México; mas esto ni era lo fácil que muchos han creído, ni me lo consentía la lealtad que siempre quise y debí guardar á mis reyes. Tras la espada fué la toga, y la toga hizo buena la espada. Los oidores en los primeros años de la Audiencia fueron aún más codiciosos que mis soldados.

Como quiera que fuese, si no vos, vuestra nación salió ganando. Hallóse de repente con el rico caudal de ideas y medios que habían atesorado Europa y Asia. Tuvo una fácil y precisa escritura en que traducir sus pensamientos y caracteres y prensas con que difundirlos á todos los ámbitos del mundo. Dispuso para los transportes por tierra de la bestia de carga; para los transportes por mar de la brújula y la nave de alto bordo.

GUATIMAZÚN. — No prosigáis, Cortés, que si todo esto es de inestimable valor para el hombre libre, no para el que vive en la servidumbre. Hizo la conquista esclavo, no sólo el cuerpo, sino también el alma. ¡Ay del que no pensara con vosotros! ¡Ay del que volviera los ojos á los antiguos dioses! ¡Ay del que siguiera prácticas que vosotros tuvierais por supers-

ticiosas! ¡Ay del que se atreviera á levantar la voz contra vuestros reyes ó vuestros virreyes! Hicieron quemar vuestros sacerdotes los libros de nuestra cronología y nuestra historia sólo porque erróneamente los consideraron fomento de superstición y obra del diablo.

Habláis con mucha insistencia de los beneficios que nos produjo la religión de Cristo. ¡Cuán bella y dulce es en las páginas del evangelio! ¡Cuán feroz y terrible no fué en muchos de los que os encargasteis de difundirla! Tal era la contradicción entre vuestras palabras y vuestras obras, que sin la gracia de Dios habríamos difícilmente doblado la cabeza sobre la pila del bautismo. No quería Jesucristo ni el exterminio, ni la guerra, ni la humillación de nuestros semejantes; quería que nos amásemos los unos á los otros como él nos había amado. No quería tampoco que fuéramos á orar donde nos vieran; quería que orásemos en nuestro cuarto, cerrada la puerta. Tampoco quería que le adorásemos en determinado lugar ni en determinado templo; en espíritu y en verdad quería que le adoráramos. Por los buenos actos hacía al hombre merecedor del cielo: «será cortado y echado al fuego — decía — todo árbol que no dé buen fruto.» ¿Acomodasteis nunca á esta santa doctrina vuestras acciones? ¿No veníais á ser, por lo contrario, dentro del cristianismo la imagen de esos hipócritas fariseos que tan dura y justamente censuraba Cristo?

Tan grave fué el mal, Cortés, que en realidad no sustituiesteis una religión á otra religión, sino una idolatría á otra idolatría. Fanáticos y supersticiosos eran realmente mis súbditos; fanáticos y supersticiosos continuaron siendo. Cesaron los sacrificios: ésta fué la única ventaja.

CORTÉS. — ¿La reconocéis? Me basta. No me enorgullece tanto haberos sometido á España, como haber desterrado de vuestra nación los sacrificios. Los fines que conseguí borran las faltas que pude cometer durante la conquista y después de la conquista. Así lo han reconocido todas las generaciones que tras la mía se han sucedido en la tierra. Todas me han enaltecido: todas me han puesto entre los mejores capitanes y los más hábiles políticos.

GUATIMAZÚN. — Ved, sin embargo, vuestra obra. La nación que á España sometisteis sacudió hace más de sesenta años vuestro yugo y es hoy una república. Recientemente ha vuelto los ojos á la lucha que vos y yo sostuvimos. No á vos, que me vencisteis, sino á mí, que sostuve hasta el último trance la independencia de la patria, ha levantado un monumento. Miradlo. De la plaza Mayor de México parte un hermoso paseo que llaman de la Reforma. Hay en él dos glorietas: en la una, la estatua de Colón; en la otra, la mía. La mía está sobre un elegante pedestal azteca.

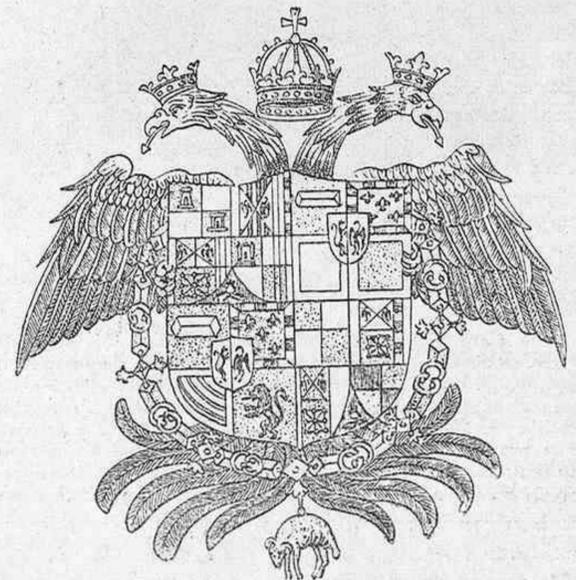
CORTÉS. — Tengo yo un pedestal mejor: el de la cristiandad agradecida.

GUATIMAZÚN. — Cristianos son los que me han erigido la estatua.

CORTÉS. — ¡Ingratos!

F. PI Y MARGAL

Madrid, 30 de octubre de 1893.

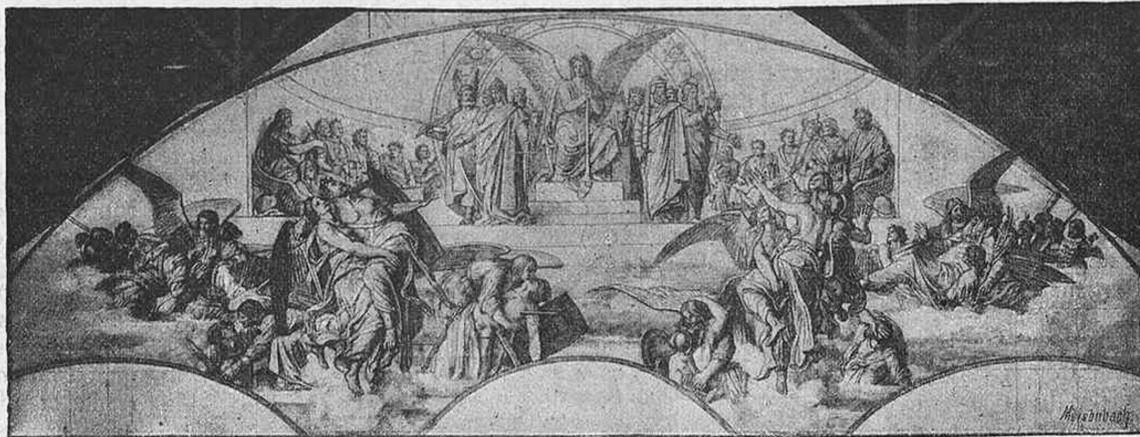


Armas de España que llevó Cortés á México, según el lienzo de Tlaxcallan

(1) Véase el grabado de la página 671.

NUESTROS GRABADOS

Boceto para el cuadro de la Walhalla, existente en el Arsenal de Berlín, obra de Federico Geselschap.—Hace pocos meses falleció en Roma, á la edad de 53 años y en circunstancias verdaderamente trágicas, Federico Geselschap, considerado como uno de los primeros pintores de Alemania. Su principal obra la constituyen los frescos monumentales que adornan una de las galerías del Arsenal de Berlín, en los cuales por medio de preciosas alegorías sintetiza la historia alemana: uno de ellos es la Walhalla, que reproducimos y que ocupa una de las lunetas de la citada galería. En esta composición, inspirada en las grandes concepciones del Renacimiento, como en todas las que constituyen aquella decoración, es de admirar en primer término la armonía que preside en el conjunto; la figura central personifica una idea y las figuras á su alrededor agrupadas con habilidad y talento extraordinarios la completan, recordando en su totalidad las obras análogas de Rafael y Miguel Angel. Por lo que toca á la ejecución de cada una de ellas no puede exigirse mayor corrección en el dibujo ni más vigor en la pincelada, presentándose algunas en escorzos magistrales. Geselschap vivía en Roma desde el año 1866 y al morir estaba pintando los frescos para las Casas Consistoriales de Hamburgo y para una iglesia de Potsdam.



BOCETO DEL CUADRO DE LA WALHALLA QUE SE CONSERVA EN EL ARSENAL DE BERLÍN, obra de Federico Geselschap

¡Aquí estoy!, cuadro de H. Heydenhauss.—Originalidad y belleza son las dos cualidades distintivas de este cuadro, que, por consiguiente, reúne las dos condiciones más difíciles de juntar en una obra de arte. De aquí la gratísima impresión que produce contemplar esa simpática niña cuyo busto asoma por entre los trigos y en cuyo risueño rostro está admirablemente reflejada esa inocente alegría á que se entregan los niños cuando creen haber sorprendido á las personas mayores con algo imprevisto. Tal le sucede á la protagonista de este lienzo: desapareció de la vista de sus padres, proponiéndose darles un susto, y de repente se presenta ante su vista exclamando regocijadamente: «¡Aquí estoy!» respondiendo á los llamamientos de los que la están buscando, y como prueba de que no ha perdido el tiempo aparece con un brazado de mieses por ella arrancadas en el campo donde se está verificando la siega. El conjunto de este cuadro no puede estar mejor tratado y los detalles del mismo revelan la mano de un artista que domina los recursos técnicos.

Madame Carnot.—La noticia del fallecimiento de madame Carnot sorprendió dolorosamente á cuantos consagraron á la viuda del malogrado presidente de la República francesa los sentimientos de veneración y simpatía que merecían su excelente carácter y la actitud digna adoptada en las trágicas circunstancias que hubo de atravesar. Enferma desde hacía algún tiempo, sentíase últimamente algo mejor y se preparaba á regresar á París, cuando el día 30 de septiembre un fuerte dolor en el corazón la obligó á quedarse en cama: por la noche su hijo, el capitán Sadi-Carnot, el único que se encontraba en Preslés al lado de su madre, entró en su cuarto para preguntarle cómo estaba y la encontró muerta.



MME. CARNOT, fallecida en 30 de septiembre último

Mme. Carnot, hija del conocido economista M. Dupont-White, secretario general que fué del Ministerio de Justicia en 1868, casóse en 1863 con M. Carnot: cuando la elección de éste para la presidencia de la República le obligó á trocar su sencilla y modesta vida de familia por los honores y deberes de su representación oficial, supo ocupar su nueva posición con tanto tacto, con tan natural soltura y con trato tan agradable, que realizó en el palacio del Elíseo el ideal que otras damas habían ambicionado, la aristocracia republicana. Su carácter distintivo fué una dignidad discreta, de la que no se apartó nunca y que imponía á todo el mundo estimación y respeto. Interesábase en la obra política de su marido, pero sabía permanecer en la sombra, y si aconsejaba á su esposo hacía lo con discreción suma y siempre en las intimidades del hogar. La misma discreción presidía en sus devociones (pues dotada

de profundos sentimientos religiosos, ni los ocultó nunca ni nunca hizo ostentación de ellos) y en sus actos de caridad: cuando entró en el Elíseo comprendió que uno de sus primeros deberes era pensar en los desgraciados y atenderlos en sus necesidades, pero cuidó muy mucho de que esta asistencia no revistiera el menor carácter oficial ni burocrático, y llamando en

su ayuda á las damas de la alta sociedad animadas del mismo espíritu que ella, dedicóse á imprimir en todas sus obras benéficas un sello de intimidad, á fin de que la limosna fuese acompañada de las ideas y de los sentimientos que enaltecen á quien la otorga y hacen mayor bien al que la recibe. Mucho antes de la fundación consagrada á la memoria de su marido, las madres de familia habían aprendido á bendecir el nombre de madame Carnot.

El entierro de Mme. Carnot, que se celebró con gran pompa en la Magdalena, fué una manifestación solemne del cariño que hacia ella sentían todas las clases sociales de Francia.



LA REINA LUISA DE DINAMARCA, fallecida en 29 de septiembre último

La reina Luisa de Dinamarca.—A la edad de 81 años falleció el día 29 de septiembre último en el castillo de Bernstoff, cerca de Copenhague, la reina Luisa de Dinamarca. Princesa de Hesse-Cassel y sobrina por parte de madre del rey Federico VII, estaba más cerca del trono que su esposo, el príncipe Cristián de Schleswig-Holstein; pero en 1852, cuando se firmó el tratado de sucesión, renunció á sus derechos á la corona en favor de aquél, que once años después ceñía la corona real dinamarquesa. La reina Luisa vivió siempre sencillamente y consagrada por entero á su familia: durante los primeros años de su matrimonio dedicóse completamente á la educación de sus seis hijos, cuyo porvenir constituía su preocupación constante y que al fin han ocupado las más brillantes posiciones: la hija mayor, la princesa Alejandra, es la esposa del príncipe de Gales; la princesa Dagmar casó con el tsarevitch que fué luego el tsar Alejandro III; la princesa Thyra unióse en matrimonio al duque de Cumberland, actual jefe de la casa de Hannover; el príncipe heredero Cristián Federico casó con la princesa Luisa de Suecia; el príncipe Jorge ocupa el trono de Grecia y el príncipe Waldemaro alióse con la casa de Francia por su casamiento con la princesa María de Orleans, hija del duque de Chartres.

Merced á estas nobles alianzas, puede decirse que la casa real de Dinamarca fué cuna de casas reales, y el espectáculo que aquella corte patriarcal ofrecía era verdaderamente encantador, sobre todo cuando alrededor de los ancianos monarcas agrupábanse cada año todos sus hijos y nietos en la residencia veraniega de Bernstoff.

Los reyes de Dinamarca han ejercido grande y saludable influencia sobre sus ilustres descendientes, quienes se inspiraban en sus consejos y se fiaban de su larga experiencia. El rey Cristián es un modelo de prudencia, y la reina fué su genio benéfico y su constante colaboradora. La venerable soberana hablaba perfectamente el inglés, el alemán y el francés: artista por naturaleza, excelente música, unía á todos los encantos de su carácter una inteligencia perfectamente equilibrada, y el estudio profundo que había hecho de las cuestiones vitales de los pueblos, de las necesidades sociales y de los diferentes problemas de la política contemporánea, le permitían dar excelentes consejos á cuantos la rodeaban. Su bondad y su caridad eran proverbiales.

La residencia real de Copenhague es el edificio principal de una aglomeración de palacios designados con el nombre de Amaliensborg: en él habita toda la corte, incluso el príncipe heredero y el ministro de Negocios extranjeros, y allí pasaban

el rey y la reina generalmente todo el invierno hasta el mes de abril, época en que se trasladaban á Bernstoff. La reina, durante su permanencia en ese palacio situado en pleno bosque á ocho millas de la capital, consagraba las mañanas á la correspondencia de familia, que era muy considerable, y las tardes al paseo en coche. La residencia de Bernstoff es de una sencillez casi rústica: es un vasto edificio de paredes blanqueadas que se levanta en medio de un parque poco extenso, pero de una vegetación maravillosa. Ningún sitio real tiene tanto como este el aspecto de una finca campestre particular, y sin embargo Bernstoff ha albergado en diez años más soberanos que los más suntuosos palacios de dos siglos. Durante el otoño la corte se trasladaba al castillo de Fredensborg, en donde la reunión de familia congregó por espacio de muchos años á una buena parte de las testas coronadas de Europa.

MISCELÁNEA

Teatros.—París.—La compañía del teatro Español de Madrid que dirigen doña María Guerrero y D. Fernando Díaz

Guerrero ha conseguido un éxito brillantísimo en el teatro de la Renaissance, en donde ha representado con gran aplauso, entre otras obras, *La niña boba*, de Lope de Vega; *Mancha que limpia*, de D. José de Echegaray, y *Tierra baja*, de don Angel Guimerá.

Madrid.—Han comenzado su temporada de invierno los teatros de la Comedia, Lara, Nuevo y Circo de Parish. En el primero actúa una compañía dramática dirigida por el aplaudido actor Sr. Thuillier, de la que forman parte las Sras. Cobeña y Ruiz, las Sras. Suárez y Alvarez y los Sres. Cuevas y Manso; en Lara la Pino, la Valverde y la Rodríguez, Rubio, Larra, Balaguer y Santiago siguen cultivando el género cómico que es tradicional en aquel coliseo; en el Nuevo Teatro bajo la dirección del reputado actor Sr. Sánchez de León funciona una compañía dramática que cuenta, entre otros actores y actrices, con la Sra. Lamadrid y los Sres. Mata y Mendiguchía; y en el Circo de Parish la zarzuela llamada grande cuenta con intérpretes tan ventajosamente conocidos como los Sres. Casañas, Simonetti, Bueso, Soler y Gamero, y las Sras. Bordas, Ortega y Naya. En el teatro del Príncipe Alfonso se estrenó con muy buen éxito *El maestro Frasquito*, juguete en un acto de nuestro colaborador Sr. Gómez Candela.

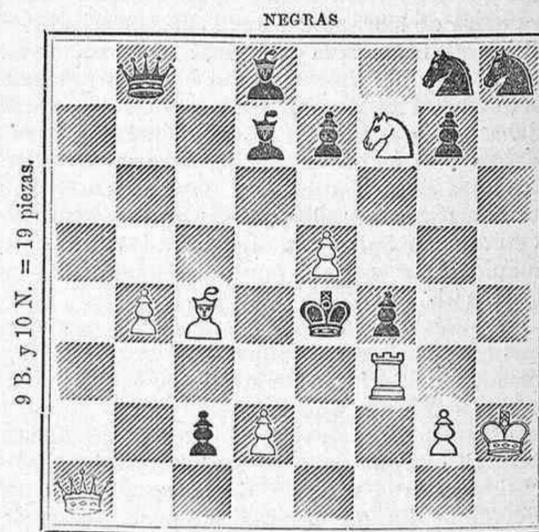
Barcelona.—En el teatro de Novedades se ha cantado la ópera de Wagner *Lohengrin*, en cuyo desempeño obtuvieron grandes aplausos las Sras. Carrera y Franchini y los Sres. Engel, Aragón y Riera y el maestro Sr. Goula. En el teatro Romea ha comenzado sus representaciones una excelente compañía dramática catalana, de la que forman parte las Sras. Mena, Monner, Palá y Clemente y los Sres. Soler, Goula, Fuentes, Capdevila y Santolaria: la primera obra estrenada ha sido *Mossen Janot*, precioso drama en tres actos de Angel Guimerá, que ha obtenido un éxito entusiasta. Se han estrenado con aplauso: en el teatro Granvía *La buena sombra*, graciosísimo sainete de costumbres andaluzas de los hermanos Sres. Alvarez Quintero, con música del maestro Brull, y en el Eldorado *El manión de Manila*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayoz, música del maestro Chueca.

Necrología.—Ha fallecido:

Adolfo Samuel, director del Real Conservatorio de Gante, miembro de la Real Academia de Ciencias de Bélgica, autor de varias óperas, oratorios, sinfonías, etc., y fundador de los conciertos populares en Bruselas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 136, POR VALENTÍN MARÍN



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 135, POR J. BELTRÁN

- | | |
|---------------|-------------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D7TD | 1. A toma A ó juega (*) |
| 2. C3AR jaque | 2. P toma C. |
| 3. DcCR mate. | |

(*) Si 1. P6CR; 2. C3AR jaque, R5C; 3. T4TR mate. — 1. P4AR; 2. D7R jaque, Dcubre; 3. D toma D mate. La amenaza es 2. A toma A jaque, C toma A; 3. D toma C mate.



Sus ensueños de ambición se desvanecían,
cediendo el puesto á un hermoso ensueño de amor

MENTIRA SUBLIME

NOVELA

ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Aquella habitación era la única de toda la casa que había sido cerrada por él y prohibido la entrada, por lo cual no pudo ser abierta y ventilada. Reinaba en ella la solemne tristeza de las iglesias y de las tumbas. Causó tanta impresión á la niña, que se echó á llorar, mientras él permanecía de pie delante del lecho mortuario con el corazón oprimido: entonces desapareció el presente, y el pasado vino á aferrarlo en la cadena melancólica de sus indestructibles eslabones.

No es fácil librarse del pasado: el hombre le entrega una parte de su ser y se une á él con un vínculo que parece adelgazarse de día en día, pero que es imposible romper. Conforme lo dijera Bertranda, el pintor era un hombre esclavo de la costumbre, y las

costumbres de aquellos años venturosos en aquella tranquila morada se apoderaban nuevamente de él, se enroscaban, por decirlo así, en torno suyo. Sentía que su corazón se dilataba á la vista de todas esas futilidades que su vida errante le había hecho olvidar, y hasta agradecía á la tía Fournerón y á las Lezines que hubieran conservado intactas hasta las ridiculeces y las manías que tanto le habían molestado en otro tiempo. Ya no se quejaba de las continuas visitas de la oficiosa tía á su taller, y aun prometió de buen grado á Aglae hacerle el retrato de Santa Rufelia.

—¿Qué edad tenía esa santa, prima? Dame algunos informes. ¿Era rubia ó morena, joven ó vieja, soltera ó viuda? ¿En qué tiempo y en qué país vivió?

Convén en que esa bienaventurada es muy poco conocida. Preferiría pintarte una Santa Inés, y Lila me serviría de modelo.

Costóle á Aglae algún trabajo proporcionar los datos pedidos. Una de las manías pueriles é inocentes de la solterona consistía en buscar de continuo santos y santas poco conocidos.

— Están menos ocupados y por consiguiente les sobra tiempo para velar por nuestros intereses, decía.

Resignóse sin embargo, y Lila accedió á servir de modelo. La pobre niña habría accedido á todo con tal de conseguir que su padre no se moviera de Pontarlier, pues no podía desterrar de su celoso corazón los horribles temores que sentía.

Dió comienzo el retrato en medio de un concierto

de alabanzas. ¡Era la chiquilla tan bonita! ¡Personificaba tan bien la angelical y simpática niña que murió mártir á los trece años! Mientras se la retrataba en su gravedad de santita, la tía, Santiago y las primas se instalaban en el taller, llevando la una noticias de la ciudad, las otras las de las funciones de iglesia: las Lezines no eran murmuradoras y sólo procuraban entretener á Fernando, asegurar el triunfo de la buena causa y la derrota de las Dalilas de allende los montes.

El pintor demostraba interés por todo y por todos: las mudanzas sobrevenidas en las familias de los amigos antiguos, casamientos de los unos, fallecimiento de los otros. Acerca de esto había mucho que hablar; y se interesaba también por los proveedores de la casa, por los obreros, por las gentes del pueblo y por los pobres que Elena socorría en otro tiempo, llegando á veces hasta el extremo de entrar en las tiendas y hacer compras inútiles sólo por tener el gusto de ver á los tenderos detrás de sus vestueros mostradores.

Dedicado á su trabajo y á la renovación de sus recuerdos, se le pasaban los días sin sentir. Por lo que respecta á las veladas, á esas horas tan aburridas en las poblaciones pequeñas, la Sra. Fournéron había atendido á ellas, pues no era de esos generales improvisadores que dejan un punto vulnerable en la ciudadela. No podía contarse con las Lezines, pues como madrugaban mucho para oír sus misas matinales, se acostaban temprano, ni con Santiago de Sommieres, que no salía de casa por temor de la humedad; sin embargo, consiguió que el presidente del tribunal y el médico fuesen á jugar al whist con Duvernoy.

Lolota escribía el centésimo capítulo de su novela. «Si el digno Sr. Duvernoy, decía, la había llevado á Pontarlier, fué para permitirle conquistar los corazones de toda la familia, antes de notificarles su proyecto de casamiento.» Basada en esta creencia, cómo se esforzaba por agradar á todos! Procuraba ganarse las simpatías, cogiendo con inalterable paciencia los puntos que se soltaban en la calceta que hacían los torpes dedos de la tía; escuchando con ávida deferencia las piadosas homilías de Aglae; riéndose con toda su ancha boca de las ocurrencias de Santiago, aunque no siempre las comprendiera; y sobre todo, cuánto los quería á todos, incluso á la pobre difunta! Suspendía de su tumba, tan largo tiempo abandonada, coronas que llevaban las palabras «Recuerdo eterno,» hechas de cuentas blancas sobre fondo de cuentas azules; sencillos exvotos en que la excelente joven revelaba á la vez su gratitud así como su gusto germánico por las divisas sentimentales.

Hacía largo tiempo que se habían disipado los temores que inspiraba la solidez de la casa Minoret, y sin embargo, Fernando no pensaba en partir: no era que hubiese olvidado la promesa hecha á Bertranda, pero difería su ejecución, aunque hablaba á menudo con Carlota de su querida amiga.

— Carlota, decía muchas veces, pronto la volveremos á ver: dígaselo usted cuando la escriba.

Este «pronto» se aplazaba de semana en semana. Santiago de Sommieres le convenció sin gran dificultad de la necesidad de adoptar medidas para la explotación del bosque de Lannes. También oyó con gusto á la Sra. Fournéron cuando le habló de emprender reformas urgentes en el tejado de la casa y de que el ojo del amo debía vigilar estas reformas. Hasta el retrato de Santa Inés le retuvo cautivo en virtud de ese lazo misterioso que une al artista con su obra.

Los cuatro conjurados se felicitaban de ello en voz baja; pero cayó una nevada prematura y Santiago de Sommieres se apresuró á hacer sus preparativos de marcha.

Celebróse en casa de la Sra. Fournéron un postrer conciliábulo, y como ésta se lamentara de la pérdida de tan precioso aliado, él emitió una duda.

— Pero dígame usted, tía Fournéron, ¿está usted bien segura de que existe esa condenada bribona? Por lo que á mí hace, empiezo á creer que hemos emprendido una cruzada contra molinos de viento. He procurado sonsacar á Fernando; no soy un confesor muy experto, pero ya sabe usted que entre hombres no se tienen reparos y que se da á las cosas su verdadero nombre. No os tapéis ya los oídos, primitas; sé que hablo delante de solteras y seré cauto. Pues bien: á mis preguntas directas ó indirectas ha contestado Fernando con el mayor candor, pintándose como artista y no como enamorado las diferentes belldades femeninas que ha encontrado en sus viajes: la turca, la rumana, la montenegrina, la italiana, pero maldito si le temblaba la voz ó brillaban sus ojos.

— Yo, dijo Aglae, he hablado á Carlota, y me he convencido de que no sabe nada. Dice que Fernando es el más virtuoso de los hombres.

— ¿Os parece que interroguemos á Lila?, preguntó la Sra. Fournéron.

Los otros tres protestaron.

— ¡No faltaba más! ¿Supone usted que Fernando haga esa clase de confidencias á su hija ó la lleve á casa de esas picaronas?

Y como los cuatro eran personas honradas, desecharon el proyecto de dirigirse á una niña para hacer semejantes averiguaciones.

— Lo que va resultando, observó Aglae resumiendo la situación, es que hemos procurado derribar una puerta abierta: no valía la pena de coligarnos contra una enemiga que no existe.

Se sentían despechados, robados, burlados; y hasta estaban enfadados con Fernando por su irreprochable conducta y su virtud.

— Pues me alegro, dijo la Sra. Fournéron; así podré suprimir las partidas de whist. También á mí me gusta acostarme temprano.

— Además, añadió Aglae, pronto empezarán los grandes fríos. En su taller hay aires colados; al entrar ayer en casa estornudé tres veces, ¿verdad, Eulalia?

— Entonces, la liga de familia queda disuelta, dijo Santiago; renunciemos á salvar al que no está en peligro.

Los cuatro conjurados se separaron con las orejas gachas. El porvenir debía enseñarles que es imprudente desarmarse demasiado pronto.

XI

A pesar de todo, Bertranda Meriadec no era una criatura malévola y perversa por naturaleza. En otro ambiente, en otro siglo quizás habría sido buena; pero pertenecía á este tiempo de ambición, de codicia y de concupiscencias. Si hubiese nacido en el seno de una de esas familias nobles que guardan las antiguas creencias religiosas como preciado tesoro, habría aceptado la pobreza con resignación. Si hubiese sido hija del pueblo habría procurado enriquecerse con el trabajo. Pero nacida de un burgués vanidoso, creyó que el trabajo la haría desmerecer, maldijo la pobreza como si fuese un oprobio, y alimentó las más irrealizables quimeras. Verdad es que en su casa no encontró ni la apacible dicha del hogar, ni los ejemplos de bondad y rectitud, ni las grandes lecciones cristianas.

Un ministro, poco sufrido en cuestiones de honor, había dado el retiro forzoso á su padre, el gallardo capitán Meriadec, mucho antes de que llegara á la edad reglamentaria. Se le echaban en cara ciertos pecadillos, demasiadas deudas y sobradas trampas, para que no resultara mancillada la dignidad del uniforme. Estando de guarnición en Normandía se había casado con una linda joven á la que creyó rica y que no lo era; la normanda á su vez pensó hacer un buen negocio casándose con un oficial de porvenir. Porvenir por una parte, dote y fortuna por otra, todo se lo llevó el diablo, y los esposos fueron á ocultar en el fondo de Bretaña su humillación, su decepción y su miseria. El hogar doméstico no fué ni con mucho un paraíso.

Bertranda creció en medio de agrias recriminaciones y de continuos disgustos. Cuando sus padres estaban de buen humor, cosa rara, el padre contaba con ciertas reticencias sus galanteos y la madre hablaba de sus brillantes conquistas de otro tiempo y de las atenciones que el general y el prefecto tenían con ella. La niña apenas recibía otras lecciones. Lecciones de ambición, de vanidad y de ligereza; ¿cómo no habría sido ligera, vanidosa y ambiciosa?

Cuando aún era muy niña le contaron el cuento de una pobre criatura condenada á los trabajos más duros; pero apareció un hada; la Cenicienta fué al baile y el hijo del rey se casaba con ella, y ¿por qué? porque tenía el pie más pequeño que ninguna mujer del reino y ella sola se podía calzar la zapatilla de raso. La niña se miraba el pie, menudo, delgado y de airoso empeine, y tanto que parecía bailar en las grandes botinas de Valeria.

Vinieron luego las grandes lecciones de historia. Y ¿qué decía la historia? Sucesos no menos maravillosos. Aquí un rey de Francia se prenda de una esclava sajona y la sienta en su trono; otro rey manda matar á su mujer para casarse con una sierva. En Rusia una moza de posada se sienta en el solio de los tsares. Seguía luego la larga lista de esas mancebas de los reyes que tan poderosamente influyeron en el corazón de sus amantes: ésta derribaba ministros, aquella decidía de las guerras y tenía en sus manos la suerte de la monarquía. Y todas esas reinas, así las mujeres legítimas como las ilegítimas, no tenían más que un mérito: su belleza.

¿Para qué trabajar, puesto que bastaba ser bella para aspirar á las posiciones más elevadas? La joven se miraba al espejo, y sonreía al recrearse en su rostro, en su dorada cabellera, en su tez de blancura nacarada, en sus grandes ojos garzos, y dudaba que la Vallière, la Pompadour y la Dubarry tuvieran el cutis más blanco, los ojos más grandes y los cabellos más largos y más sedosos.

Cierto día la sorprendió Valeria mientras estaba meditando en todo esto. Llegaba más colorada que de costumbre por efecto de la emoción y de lo que había corrido, y le dijo jadeante:

— Querida Bertranda, he querido anunciarte sin tardanza el gran acontecimiento. Acaban de pedir mi mano..., y ¿á que no adivinas quién? Pues Leodiceo, mi guapo primo de París del que te he hablado tanto. Apenas puedo creer en ello; me parece que estoy soñando. ¡Me he puesto tan contenta!.. ¿Cómo es que ha pensado en mí?

Terminada su confidencia, se volvió á marchar alegre, mientras Bertranda, un tanto fruncido el ceño, se entregaba de nuevo á su meditación interrumpida, mirándose como antes al espejo. Aquel ceñudo semblante, aquella cabellera roja y el destello de odio de sus ojos sombríos la daban cierta semejanza con la cruel merovingia Fredegunda. El espejo le decía que era hermosa, pero lo que ella sabía de la vida moderna le decía también que los reyes de hoy no son como los antiguos, que están obligados á contar con sus Parlamentos y con sus súbditos y que no les está permitido casarse como les dicte su corazón, y finalmente que era muy poco probable que el hijo de un rey fuera á fijarse en la soledad de Keradec, y por consiguiente que el hijo de un banquero no era una presa que debiera desdenarse, y que era preciso limitar la ambición y prescindir de la corona real por esa otra corona que conserva toda su omnipotencia: el dinero.

El hombre á quien esperaban las dos jóvenes, el futuro marido de la una, el futuro amante de la otra, el apuesto Leodiceo, era uno de esos productos de la civilización parisiense que tal vez fueran hombres si no les faltara el corazón. Nadie dirigía tan brillantemente como él un cotillón, ni recitaba mejor un monólogo, ni cantaba con más gracia una canción picaresca, ni sabía comunicar mayor animación á una orgía. Alto, ancho de hombros, de barba y cabellos negros, elegante, siempre puesto de veinticinco alfileres y siempre de buen humor, si hacía muchas conquistas, no cometía ninguna locura.

Su padre le había inculcado desde muy niño los principios de la cordura y de la economía. Aquellos consejos habían caído en buena tierra: nadie podía burlarse de Leodiceo, porque jamás germinó ninguna flor amorosa en su corazón.

No se resignó á arrastrar la cadena del matrimonio sin refunfuñar un poco, y fué menester que su padre le presentara cierto documento importante, que abriera ante él cierto libro de cuentas en que el *Debe* y el *Haber* no se equilibraban de un modo satisfactorio.

— ¡Diablo, diablo!, exclamó. Pero, papá, ¿sabe usted que es un poco duro eso de casarse con mi prima?

— Menos duro que la ruina, hijo mío. Agradas á la muchacha, y esto ya es un gran tanto en tu juego, un tanto del que tienes gran necesidad.

— Puesto que no hay remedio, me sacrificaré; pero no veo la precisión de hacerme marchar á Bretaña. Conozco ya á Valeria, y tiempo me queda de verla. La mujer con quien uno se casa es la única que no se tiene interés en cortejar.

— No, no; conviene demostrar alguna solicitud, y hacer las cosas pronto y como se deben; ¿entiendes? Necesitamos el dote, y no hay que andarse por las ramas.

— Está bien, papá, iré; pero puedes creer que no me hace ninguna gracia.

Y era cierto; dejar el bulevar aunque sólo fuera por uno ó dos meses; hacer la corte con buen fin á una muchacha fea, eran cosas que le parecían un destierro penoso y una tarea insoportable. Se aburría grandemente en aquella quinta Martín adonde había ido en busca de mujer, y á no haber sido porque al poco tiempo de haber llegado recibió una carta más apremiante y más alarmante de su padre, habría desertado al cabo de tres días.

Valeria, entregada por completo á su ventura, había olvidado á Bertranda, pero Bertranda no había olvidado á Valeria.

Una mañana los dos prometidos la vieron aparecer á la puerta del salón de la quinta Martín; se presentaba con timidez, disculpándose, diciendo que no quería molestar á nadie, que sólo quería decir una palabra á su amiga, pedirle un informe y que en seguida se marcharía.

La buena Valeria le instó afectuosamente por que se quedara.

— No te vayas; es menester que conozcas á mi futuro, deja que te lo presente: ¿quieres almorzar con nosotros?

Leodiceo miraba á la recién llegada como los hebreos debieron ver caer el maná en el desierto ante sus hambrientos estómagos, y sus ojos repetían, pero con mucha más elocuencia, la invitación de Valeria: «Quédese usted.»

Y Bertranda se quedó.

Volvió al otro día y también los subsiguientes: la misma Valeria la instaba para que así lo hiciera. La excelente joven sentía algo así como escrúpulos de ser tan feliz cuando su amiga lo era tan poco. Habría querido hacerla partícipe de su dicha, la invitaba á sus paseos y la atraía á sí sin la menor desconfianza.

El triunfo de Bertranda fué más rápido de lo que hubiera podido esperar; á la primera mirada que Leodiceo fijó en ella, establecióse entre ambos una corriente magnética. Pensó que los cuentos de hadas, las novelas y la historia no mentían, que la belleza era en realidad la potestad suprema y que la rica Valeria sería vencida fácilmente por la pobre Bertranda Meriadec.

La primera vez que Leodiceo le estrechó la mano con uno de esos largos apretones en que parece entregarse el corazón, Bertranda se puso colorada de orgulloso júbilo. Sostenidas miradas de amor, algunas furtivas presiones de manos la iban poniendo en el camino apetecido, mas por desgracia nunca podía verle á solas; Valeria estaba siempre entre ellos. La mímica les sirvió de intérprete: Leodiceo tenía una voz fuerte, vibrante, un poco gruesa, y les gustaba interpretar canciones amorosas. Valeria le acompañaba al piano, y él, de pie un tanto detrás, miraba á Bertranda, la cual comprendía perfectamente que aquellas melodiosas y ardientes declaraciones iban dirigidas á ella sola.

Y mientras tanto, Valeria, muy ocupada, sudaba la gota gorda por las dificultades del acompañamiento, temiendo alterar el compás ó equivocar alguna nota.

A decir verdad, Bertranda saboreaba con placer estos gratos preliminares del amor; sin embargo, al cabo de tres semanas empezó á no tenerlas todas consigo. Era cosa muy hermosa cantar con ojos incandescentes: «Leonor, mi amor arrostra...» Y en puridad, Leodiceo no arrostraba nada, ni el descontento del Sr. Martín, ni siquiera un mohín de despecho de su novia, y mientras tanto pasaba el tiempo. Fiada en la historia, Bertranda había esperado algo mejor. ¿Qué significaban las miradas y las romanzas? ¿Por qué tardaba él tanto en decir: «A quien amo es á Bertranda, y con ella es con quien quiero casarme?»

No tenía á nadie de quien aconsejarse para apresurar esta venturosa solución.

Había en el desván un cajón lleno de novelas compradas por el capitán para pasar el tiempo en los ocios de la vida de guarnición, y en ella buscó el consejo que necesitaba.

Los cuentos de hadas y la historia le habían enseñado muchas cosas; las novelas le enseñaron otras. También proclamaban la omnipotencia de la mujer, pero añadían que la fortuna ayuda á las audaces y que el hombre jamás resiste á un par de ojos hermosos. Le enseñaron asimismo algunos ardidés de guerra; huir para hacerse perseguir, no prodigarse para hacerse desear; mas como tenía que habérselas

con un hombre ducho, estos ardidés se frustraron.

En vano fué que un día hiciera además de quererse marchar poco después de haber llegado; él no la siguió. Otra vez dejó pasar la hora de su visita cotidiana; pero no le vió salir á buscarla. Leodiceo adivinaba fácilmente aquella coquetería elemental, que le divertía sin que le preocupara gran cosa.

Entonces ella creyó perdida la batalla, y sintió un verdadero disgusto. Su corazón padecía más que su vanidad; la tristeza que no trataba de disimular la hizo más seductora, y tanto que de ella recibió Leodiceo el primer ataque.

— Perfectamente, dijo Leodiceo.

Y mirando á Bertranda repitió:

— A los primeros rayos del sol.

Entonces fué ella la que se sonrió.

Bertranda no durmió aquella noche; una alegría insensata, culpable, la mantenía despierta. No podía permanecer en la cama, por temor de dormirse y de llegar tarde á aquella primera cita. Se levantó, se vistió y se sentó junto á la ventana: vió cómo desaparecían las constelaciones, y cómo iluminaba una tinta pálida el cielo sombrío; entonces bajó cautelosamente la escalera, abrió la puerta y echó á correr con el corazón palpitante de temor y de júbilo.

Encaminóse precipitadamente al dolmen que llevaba el nombre de Roca de las Hadas. La noche estaba aún oscura; el cielo y el mar se confundían, y apenas si asomaba por el horizonte oriental una tenue claridad. No asomaban aún los primeros rayos del sol, y sin embargo, se sintió despechada al no encontrar en el lugar de la cita, y al ver que no se había anticipado á ella, á aquel á quien amaba.

Para entretenerse en algo, procuró recordar el hermoso discurso que había compuesto con fragmentos de novelas y que debía inducir infaliblemente á Leodiceo á pedir su mano. Pero todas las palabras del discurso habían volado sin que le fuese posible atraparlas: la poesía de aquella hora matinal infundía en ella un suave encanto. Sus ensueños de ambición se desvanecían, cediendo el puesto á un hermoso ensueño de amor.

Sí, amaba con toda su alma, y aquel á quien amaba iba á llegar. Esta fugaz y súbita esperanza fué el instante más venturoso de su vida.

Una cortina de púrpura reemplazó por el Este la delgada zona pálida; salió el sol, y sus primeros rayos acariciaron el dolmen. Leodiceo no llegaba: la joven se puso en pie, ansiosa, interrogando con la vista la landa desierta.

El gallardo Leodiceo durmió como un bendito aquella noche; no era cosa de perder el sueño por un

capricho pasajero. Los primeros rayos del sol no ofrecían á su imaginación de parisiense más que una figura retórica. Creyó hacer todo cuanto estuvo de su parte poniendo la aguja del despertador á las seis de la mañana, y en seguida se acostó tranquilamente murmurando:

— En la primera cita hay siempre que demostrar diligencia y exactitud. Esa muchacha es muy inteligente y llena de buena voluntad. ¡Cómo me aburriría aquí si no fuese por ella!

Y en seguida se durmió á pierna suelta.

Cuando sonó el despertador, se estiró, se levantó, vistióse, pidió el chocolate y salió de la casa bostezando todavía. Apenas había puesto el pie en la escalera, cuando una voz alegre le llamó diciendo:

— ¡Bravo, sobrino, muy bien! Veo que te has levantado antes del mediodía; te perfeccionas. Sube á mi cuarto; he recibido carta de tu padre y quisiera hablar de ella contigo.

Leodiceo hizo una mueca de despecho.

— Tío, es que tenía la intención... Mi prima me hizo admirar ayer una acuarela, y quería cerciorarme de que su color es exacto á los primeros rayos del sol.

— ¡A los primeros rayos del sol! ¡Pues no hace poco tiempo que ha salido! Pero nada, nada; si te empeñas en dar ese paseo, ve; ¿hacia dónde te diriges?

(Continuará)



... y él, de pie un tanto detrás, miraba á Bertranda

— ¿Dónde la puedo ver á usted á solas?

Estas palabras, pronunciadas en voz muy baja, la estremecieron; pero no tuvo tiempo de contestar, porque Valeria se acercaba, no porque abrigara la menor sospecha, sino guiada por ese deseo de la mujer enamorada que no quiere perder ninguna palabra de aquel á quien ama, y anhela encontrarse siempre al alcance de su mirada. Leodiceo no podía repetir delante de ella su pregunta.

Las novelas habían enseñado también á Bertranda que la ocasión perdida no se vuelve á encontrar; y sin detenerse en vanos escrúpulos, cogió un álbum que estaba sobre la mesa, lo hojeó y lo dejó abierto en una acuarela que representaba una piedra druídica á orillas del mar. Para la ejecución de esta obra de arte Valeria había agotado todas las riquezas de su caja de colores; la piedra era verde, la arena de color de naranja, el cielo encarnado y el mar añil. Debajo se leía este título: «La Roca de las Hadas.» Bertranda pareció absorberse en la contemplación de esta página notable, y de pronto fijó en el joven una mirada furtiva. Retorcióse éste el bigote y sonrió con cierta fatuidad: había comprendido.

— ¡Cuántas perfecciones tienes, prima! Pero dime, ¿ese cielo tan encarnado representa los fulguros de la aurora ó los resplandores del crepúsculo?

— Son los fulguros de la aurora, respondió Valeria; aquella mañana me levanté muy temprano. Dibujé esa roca á los primeros rayos del sol.

EL ALETHORAMA

El maravilloso aparato conocido con el nombre de cinematógrafo tiene el inconveniente de la movilidad producida por la sucesión de imágenes de la película sobre la pantalla, que llega á fatigar al es-

aunque en realidad no sea así, porque sólo permanece inmóvil el eje de simetría de la imagen, que se confunde con el eje de rotación, y las demás partes de la imagen están sometidas á un movimiento general de báscula alrededor de este eje de simetría inmóvil.

Cuando la amplitud angular del movimiento de rotación es bastante débil no pasando de algunos grados, la imagen, á pesar de su movimiento de báscula, puede considerarse como prácticamente inmóvil.

El número 2 de la figura 1 permitirá comprender perfectamente la marcha de los rayos. El haz luminoso emanado del condensador C atraviesa el diafragma D, cuyo papel explicaremos luego, y encuentra la tira pelicular aplicada al tambor T'T: la imagen formada se refleja dos veces en ángulo recto y va á parar al objetivo de proyección, que á su vez y después de una nueva reflexión la proyecta en la pantalla. A este efecto las dos lentes del objetivo están dispuestas sobre una montura especial en cuyo fondo hay un espejo plateado.

Los autores del aparato limitan el haz luminoso por medio del diafragma D, de manera que sólo quede iluminada una parte de la tira pelicular igual á la dimensión de una de las imágenes. De este modo se presentan dos casos: ó la ventana del tambor está precisamente delante de la abertura del diafragma (fig. 2), y entonces la imagen AB, iluminada en su totalidad, se reproducirá en el eje del sistema en *aob* y será visible en la pantalla por entero, ó habiendo el tambor continuado su marcha (fig. 3) estarán iluminadas dos porciones de las imágenes vecinas AB y A'B'. Si el diafragma estuviera suficientemente abierto para descubrir simultáneamente AB y A'B', tendríamos en el eje dos imágenes sobrepuestas *aob* y *a'ob'*; pero como está intencionadamente reducido, no veremos en la pantalla más que las partes *a'o* y *ob'*, pertenecientes cada una á un clisé diferente, pero que no por esto dejan de constituir una imagen única y completa del asunto representado. La sustitución de las imágenes se hace, pues, de una manera complementaria y no en su totalidad, como en el cinematógrafo, con lo cual se suprime el centelleo debido á las alternativas de iluminación y obscuridad sobre la pantalla, y se puede moderar el paso de las imágenes sin que se perciba la menor interrupción.

El alethorama constituye un aparato de síntesis y en él la tira cinematográfica se conserva mucho más tiempo porque no está sometida á una tracción intermitente ni á roces repetidos. También puede uti-

del de los compartimientos del tambor principal. Ese tambor obturador es movido por un juego de engranajes y ha de girar con una velocidad tres veces mayor que el otro. En estas condiciones no sólo se obtienen imágenes perfectamente limpias, sino que además se logra un aumento en el número de pruebas en igualdad de tiempo que en el cinematógrafo y una velocidad considerable de obturación: con el cinematógrafo se consiguen á lo sumo 25 pruebas por segundo y disco; con el alethorama pueden obtenerse más de 2.000.

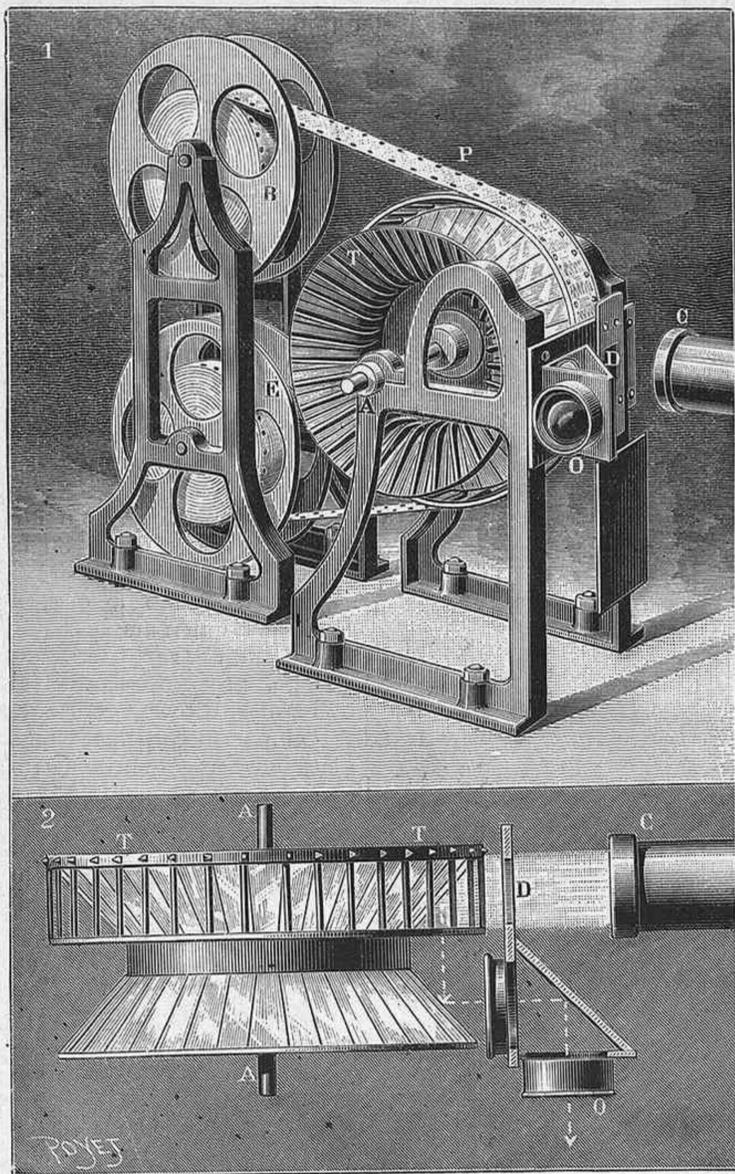


Fig. 1. - El alethorama. - 1. Disposición del aparato para hacer desfilir la película cinematográfica delante de un haz luminoso. - 2. Marcha de los rayos luminosos.

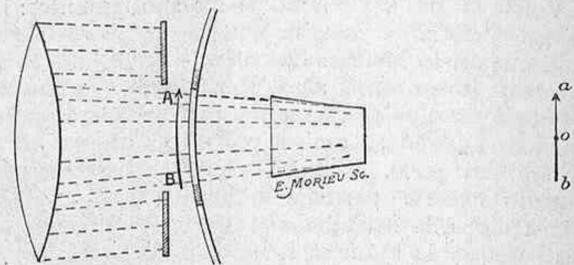


Fig. 2. - Formación de la imagen en el alethorama cuando en el haz luminoso hay una imagen entera

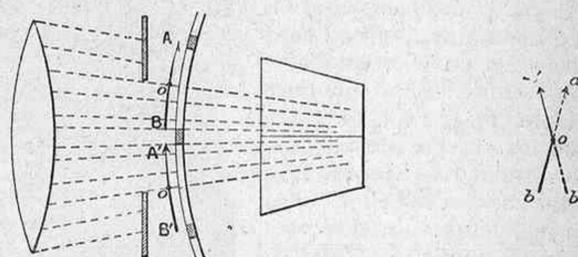


Fig. 3. - Formación de la imagen complementaria en el alethorama cuando en el haz luminoso hay dos porciones de las imágenes vecinas.

Finalmente la marcha continua de la película, sin detención alguna, permite aumentar sin dificultad el tamaño de las imágenes originales, punto muy interesante, pues la pequeñez de las imágenes impide obtener proyecciones suficientes por el aumento demasiado considerable que ha de realizarse.

ALBERTO LONDE

(De La Nature)

**

MONEDAS RECIENTEMENTE ACUÑADAS EN LA CASA DE LA MONEDA DE PARÍS

Entre las piezas últimamente acuñadas en Francia han llamado la atención las que reproducimos en el adjunto grabado; y no es extraño que hayan sido tan admiradas, porque el dibujo tiene un carácter eminentemente artístico y la ejecución es en verdad perfecta.

El sueldo indo-chino y la pieza de 10 céntimos francesa son de bronce; el franco francés y el franco ruso, de plata.

Los modelos de estas monedas han sido ejecutados

MONEDAS RECIENTEMENTE ACUÑADAS EN LA CASA DE MONEDA DE PARÍS



Anverso del sueldo indo-chino Anverso y reverso de la moneda de 10 céntimos Reverso del sueldo indo-chino



Anverso del franco Reverso del franco Moneda rusa Reverso de la moneda rusa

Para evitar este inconveniente los señores Mortier y Cheri-Rousseau, de París, han inventado el alethorama, aparato destinado á recibir y proyectar las vistas cinematográficas, que se basa en un principio distinto del en que descansa el cinematógrafo: en él, la película está animada por un movimiento continuo, no á sacudidas; y la pantalla, en vez de estar iluminada y obscurecida sucesivamente, está iluminada de una manera permanente por las imágenes que se substituyen unas á otras, no en su totalidad, sino de un modo por decirlo así complementario, que es lo que da al aparato verdadera originalidad.

Un tambor metálico T (fig. 1) montado sobre un eje A, es arrastrado por un rápido movimiento de rotación y tiene por objeto hacer desfilir la película cinematográfica por delante de un haz luminoso interno, producido por el arco eléctrico C. Enrollada en un primer carrete B, la película se almacena en otro carrete E, después de haber pasado por el tambor, sobre el cual se aplica como una correa de transmisión guiada por unos dientes que se clavan en las perforaciones. La circunferencia del tambor sobre la cual se aplica la película no es maciza, sino calada, de manera que presente una serie de ventanitas encima de cada imagen. Concéntricamente con la circunferencia del tambor y solidariamente con él hay montada una batería de espejos angulares en igual número que las ventanitas é inclinados á 90° uno con relación á otro.

En estas condiciones todo clisé encuadrado por una ventana del tambor dará origen, en virtud del principio de los espejos angulares, á una imagen virtual paralela invertida con relación á la imagen que se produciría sobre un espejo ordinario único y uno de cuyos ejes de simetría coincide con el eje de rotación del sistema: de ello resulta que mientras el clisé arrastrado en círculo por el tambor se mueve rápidamente, su imagen, por el contrario, permanece inmóvil en el eje. Si á una distancia conveniente del eje del sistema se encuentra un objetivo de proyección, la imagen aparecerá inmóvil en la pantalla,

lizarse como aparato registrador: para ello basta añadirle un obturador especial constituido por un segundo tambor encerrado en el primero y con un número de rendijas estrechas igual á la tercera parte por Roty y Daniel Dupuis, quienes, en unión de Chaplin, hace tres años tienen el encargo oficial de trazar nuevas efigies para las piezas francesas de bronce, plata y oro. - X.

FESTIVAL MUSICAL
CELEBRADO EN BERGEN

Esta solemnidad artística celebrada hace poco en Bergen ha sido un acontecimiento, no sólo de gran interés para el mundo musical, sino que también de importancia nacional para Noruega. En efecto, no es cosa muy corriente que una nación que sólo cuenta dos millones de habitantes pueda celebrar una fiesta de esta naturaleza en que por espacio de seis días no se ejecuten otras obras que las producidas por compositores nacionales durante los últimos veinticinco años, obras por otra parte conocidas y admiradas en toda Europa.

Estuvieron representados en el festival nada menos que veinte compositores, diez de los cuales asistieron personalmente y por sí mismos dirigieron sus composiciones. El grabado adjunto reproduce el grupo fotográfico de estos diez compositores: aunque el más conocido de todos ellos es el Dr. Eduardo Grieg, algunas de cuyas obras han sido ejecutadas en los más famosos conciertos de todo el mundo, no le van muy á la zaga desde el punto de vista artístico Svendsen, Sinding, la Sra. Backer-Grondahl, Olsen, Holter, Elling, Schjelderup, Cappelen y Halvorsen.

Ole Olsen Iver Holter Mme. Backer-Grondahl Dr. E. Grieg



C. Cappelen C. Elling G. Schjelderup C. Sinding J. Svendsen J. Halvorsen

CÉLEBRES COMPOSITORES NORUEGOS QUE CONCURRIERON AL FESTIVAL RECIENTEMENTE VERIFICADO EN BERGEN (de fotografía de K. Nyblin, de Bergen)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

EL SOCIALISMO TRIUNFANTE. — LO QUE SERÁ MI PAÍS DENTRO DE 200 AÑOS, por Francisco Piria. — El autor de este libro finge encontrarse en su patria, el Uruguay, en el año 2098, y partiendo de esta ficción describe lo que será aquel país dentro de 200 años. Imposible es analizar el curioso relato del Sr. Piria, por lo que nos limitaremos á decir que la enseñanza que de su interesante libro se deduce es el triunfo del socialismo cristiano, con el cual se lograrán la felicidad y el bienestar universales, el reinado de la igualdad. El libro ha sido impreso en Montevideo, en la Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes.

COLECCIÓN DE TIPOS, por Luis Taboada. — Forma este tomo el 61 de la «Colección Diamante» que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. López: con decir que el libro es de Luis Taboada, del festivo escritor que ha creado un género literario, que cuenta con un público tan numeroso como devotísimo suyo y que con sus artículos hace reír á las personas más graves, queda hecho el elogio de la obra, que se vende á dos reales.

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I — CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

II — CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CE. FAVROT y C^a, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afeciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Empleado con el mejor éxito Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. **GELIS & CONTE** Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas. Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ia} de Paris. LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PANCREATINA DEFRESNE POLVO PILDORAS Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris. **DIGESTIVO** el más poderoso el más completo Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos. La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión. En todas las buenas Farmacias de España.

AVISO Á LAS SEÑORAS EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET-HOMOLLE CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS. FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos. **JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS** Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{to}-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas. Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD con Ioduro de Hierro inalterable CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc. Es el producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris. Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

Agua Léchelle HEMOSTATICA. — Se receta contra los rufos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espustos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de rufos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS Suprime los Cólicos periódicos. F. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, en PARIS. En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias. Desconfiar de las Imitaciones.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias. 25 años de éxito. Med. Oro y Plata. J. VERRÉ y C^{ie}, P^{os}, 102, B. Richelieu, Paris.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias. El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR Depurativo SIMPLE, Exclusivamente vegetal Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatosis. El Mismo con IODURO DE POTASIO Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES. CE. FAVROT y C^a, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.



EL DR. VIDAL SOLARES APLICANDO LA VACUNA EN EL HOSPITAL DE NIÑOS POBRES DE BARCELONA

Este grabado representa uno de los actos más importantes de la existencia científica del Hospital de niños pobres de Barcelona, de esa feliz fundación donde la caridad se practica sin limitaciones: como que ni siquiera para las vacunaciones de los infantes y revacunaciones de los niños de 7 u 8 años, unas y otras completamente gratuitas, se exige ningún documento que acredite la condición social de los solicitantes. De ahí que lo mismo el ilustre pediatra fundador del Hospital, el doctor Vidal Solares, que toda la institución en peso, sean objeto de

unánime aplauso de parte del proletariado barcelonés, aumentando con rapidez los enfermos que acuden á ese centro de asistencia médica de la calle de Consejo de Ciento, núm. 467, donde su director, secundado por el personal facultativo, se afana en dar cumplimiento á los dictados de la Ciencia y de la Caridad.

Mas poco es aún, con ser mucho, el aplauso que suele merecer verbigracia la vacunación prodigada *urbi et orbi* todas las semanas; pues si como beneficio inmediato es de estimar, dado

que el número de vacunados alcanza ya la cifra de 11.575, todavía es digno de mayor consideración el provecho remoto que resulta, evitando á fechas diversas la constitución de muchísimos focos de viruela, librando indirectamente víctimas de la muerte por esta enfermedad, y poniendo, en fin, á toda la población comarcana en mejores condiciones defensivas contra aquella fiebre eruptiva, porque la causa viva de la misma se multiplica en el medio como la levadura, y nunca se combate mejor que disminuyendo el contingente de atacados. - X.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS LOS DE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DRUGAS

PAPIER ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR DELABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALCIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Gargaros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 Reales.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendadas contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

EL APIOL de los **JORET Y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote.) Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN